Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXVIII — San José, Costa Rica — 1941 — Sábado 27 de Diciembre — No. 24

Año XXII — No. 928

En este número:

Una nueva cuentista americana .... *Juan Ramón Jiménez*
Primavera ...... *Helen Fogelquist*
No toda es nuestra ...... *L. Alberto Paz y Paz*
La especialización científica ...... *Rafael de Buen*
Uno más al Hospital ...... *Francisco Luarca*
Noticia de libros
Versos nuevos ...... *José María Zeledón*
La voz del antepasado ...... *Hilda Chen Apuy*
Honro a dos hombres ...... *Carlyle*
Franco nos aconseja ...... *Alberto Gerchunoff*
La fuga del loro ...... *Arturo Cancela*
El proceso de los jazmines ...... *Ysola Gómez*
La tarde y el esqueleto ...... *Roberto Fernández Durán*
Nuestra posición pro Puerto Rico libre es invariable *J. Enamorado Cuesta*
De la libertad (2) ...... *Lorenzo Vives*
Los escritores deben ser antinazis ......
Campesina ...... *Jaime Bofill y Matas, (Guerau de Liost, 1878-1933).*
La utilización del laberinto ...... *B. Sanín Cano*
Indice del volumen XXXVIII. Autores y Asuntos.

Helen Fogelquist



Una nueva cuentista americana

Sr. D. Joaquín García Monge.
Mi querido amigo:

tengo el gusto de enviarle un cuento Primavera *de la Sra. Helen Fogelquist, que hemos traducido del inglés para su y nuestro* Repertorio.

La Sra. Helen Rasmussen Fogelquist nació en el Canadá, 1917. En 1920 la familia (escandinavoamericana) se vino a vivir a Spokane Valley, Wash., Estados Unidos. Helen se educó en la escuela pública de la comunidad y se graduó de bachiller en Whitman College, Walla Walla, Wash., 1937. Enseñó luego inglés dos años, el primero en la escuela superior pública de Garfield y el otro en la de Lynden, Wash. En 1939 se casó con el Dr. Donald Fogelquist que es en la actualidad profesor auxiliar de español y portugués en esta Universidad de Miami.

Primavera *es el primer escrito, que esta joven escritora da al público y lo da por mi deseo. Cuando lo leímos quedé primero cautivado por su línea recta (claridad, concisión, sencillez) y al momento por su penetración psicolójica, profunda y sin esfuerzo. Lo que describe me parece que lo estoy volviendo a ver en la misma realidad; lo que insinúa o deja caer me parece de toque delicioso. Entra y termina naturalmente. No es pesada ni larga. Es, pues, una cuentista verdadera.*

La Sra. Fogelquist tiene otros cuentos igualmente auténticos y un Diario. Le volveré a enviar a usted otras traducciones de su bello trabajo. (Va también una fotografía de la nueva escritora).

Gracias por lo que le pido.
Suyo siempre.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

10 nov. 41.

(Nuestra nueva dirección desde diciembre: 618 Sevilla, Coral Gables. La Florida. Estados Unidos).

Primavera

(En el *Rep. Amer.*)

ELAINE no podía soportar un instante más aquel seguir en la mesa. Hacía demasiado calor en la casa y demasiado silencio, quitando solo el incesante tictac del reló de la librería detrás de ella. Todo el anochecer había estado deseando ahogar también aquello con papel secante como había hecho antes con el timbre del teléfono y el moscardón de la puerta. El tictac parecía salirle de dentro de la cabeza. No la dejaba resolver sus ecuaciones de álgebra.

Se levantó empujando suavemente su silla hacia atrás y echó una mirada a su hermana que sentada al otro lado de la mesa hilvanaba el ruedo de su falda; pero Jean no alzó la vista. Por la puerta de la sala vió a su Padre sentado donde siempre, leyendo el diario de la noche. La luz de la lámpara le daba en la calva y en el cuero de su butacón. Jimmy jugaba a sus pies disparando boliches a varios puntos del dibujo de la alfombra. Gateaba por el suelo guiando los ojos para apuntar mejor. Su cara seria evidenciaba que el juego que se había ideado lo absorbía por completo.

Jimmy estaba siempre con Padre en cuya presencia Elaine siempre se encojía. Lo admiraba profundamente y deseaba contentarlo en todo, pero no sabía cómo se las arreglaba que siempre enredaba las cosas delante de él. Esta noche, por ejemplo, le había derramado el café al ponerle la taza en la mesa; y cuando él le pidió que le trajera las zapatillas, no pudo dar con ellas, aunque "bien a la vista estaban", como él le había dicho luego. No sabía por qué la sola idea de hablar con su Padre la recorría de onditas cálidas excitándola. Con su Madre era diferente. Siempre le había contado todo a Madre, desde que podía acordarse hasta ahora, es claro. Miró la cara de su Padre y se sintió de pronto invadida de ternura y lástima por él. Dió unos pasos hacia la puerta abierta, pero se volvió turbada al cuarto de su Madre.

"Entra, hija mía, siéntate aquí conmigo. No importa nada".

Elaine miró un momento la sombra vestida de blanco que andaba por la medialuz del fondo del cuarto y se sentó en el borde de la cama.

"Madre ¿te sientes mejor?"

Anne vaciló un instante y respondió "Quizás".

"Tú estás mejor, Madre, de veras que pareces mejor".

Mientras hablaba deprisa, Elaine miraba fija a la ventana oscura por la que oía levantarse el viento.

"Cuéntame lo que has hecho en la escuela".

"Pues en la clase de música estuvimos ensayando una pieza nueva que yo sé que te va a gustar. Empieza bajo, suave, y luego va subiendo, subiendo hasta que parece..."

Las chispas de dolor que vió en los ojos de su Madre la olvidaron de lo que parecía la música. El corazón empezó a palpitarle violento. Comprendía que tenía que irse.

"No debo quedarme. Madre. Buenas noches y que duermas bien".

Se inclinó cerrando los ojos y la besó lijera.

Anne tendió su mano con un gesto vago, como para retenerla, pero Elaine se había ido ya.

Sin encender el pasillo Elaine encontró su abrigo, se lo echó por los hombros y se escurrió por la puerta de atrás. Soplaba recio el viento del suroeste. "Es un chinook", pensó excitada. Antes de cruzar el corral ya tenía los pies mojados y las piernas salpicadas de la nieve que se deshacía. No era ocasión de pensar ya en los chanclos y, de todos modos, qué más daba. La tristeza punzante y preocupada había ido creciendo en lo más hondo de su pensamiento hasta que le parecía demasiado

grande para soportarla, pero por encima soplaba el loco viento caliente. Bajó por el camino del huerto y entró derecha en él. El pelo enmarañado le azotaba la cara y el viento le retorcía furiosamente la ropa contra el cuerpo o quería arrancársela. Las ramas de los manzanos se frotaban y su rumor le parecía a Elaine el suspirar hondo de los violones; y las ramitas que se partían estallaban en un vivo acompañamiento staccato.

Ay qué pronto venía la primavera este año. No mediaba febrero todavía y ya la nieve se deshacía de prisa, y en algunos sitios Elaine podía sentir que la tierra debajo se volvía suave. Por la mañana el mundo sería charcas grandes y blando fango; los coches levantarían el agua por la charca que había sido camino orilla del pasto. El soplar del chinook anunciaba la venida de la primavera a los valles de Pacífico del noroeste.

Cuando llegó al final del huerto, Elaine se ahogaba y se sentó a descansar sobre un caño del sembrado de frambuesas. La luna navegaba con tremendo pasar entre las nubes. Con aquella prisa no tardaría en caer por detrás del granero. Sí, bien sabía Elaine que no era que la luna navegara entre las nubes sino que las nubes flotaban ante la luna, pero... Ya respiraba otra vez y el temor y la tristeza le habían vuelto a cojer el pensamiento. "Dios mío", pidió, si Madre se tiene que morir, que por lo menos no se muera hasta que los manzanos y los tulipanes den su flor, y que no se muera por la noche".

Le parecía poca cosa lo que pedía. Al principio había querido engañarse pero ahora no dudaba que su Madre se iba a morir. Ya todos, hasta Jimmy, lo sabían, aunque ninguno se lo mentase al otro. Todos esquivaban mirarse y procuraban seguir haciendo lo de siempre.

Elaine sabía también que nunca podría volver a ser feliz en la vida. No podía pensar, era imposible que su Madre no siguiera donde estaba. Recordó, punzada de remordimiento, que los domingos por la tarde no la había dejado dormir la siesta más de media hora porque todo se quedaba tan solo mientras ella dormía.

Pero ahora no le era posible estar mucho tiempo con ella. La vencía la tristeza y tenía que huir como esta noche. Siempre temía que su Madre fuera a decirle algo importante, cualquier consuelo tal vez, una cosa solemne y definitiva de la Muerte, de Dios o de la Salvación, y sabía que no lo podría aguantar. Tenía mucho que preguntarle a su Madre y ansiaba decirle algo hermoso para que se lo llevara adondequiera que se fuese. Aunque era mejor seguir hablando de la escuela, de la ropa, de los amigos, como si todo siguiera lo mismo.

El viento echó la luna bajo una nube oscura y desató una gran confusión en el macizo de frambuesas. Elaine se levantó. La aterraba volver a la casa doliente y acostarse sin sueño a escuchar la noche, pero le dolían las piernas y estaba agotada. Volvía despacio mirando las chispas azules que salían de las copas de los algarrobos del paseo cuando los alambres ligeros obligados por el viento rozazan las ramas. Un instante otra vez, contagiada de la noche, sintió un inexplicable escalofrío. Tal vez animara un poco a su madre saber que la nieve se deshelaba. Se detendría un momento a contárselo antes de acostarse.

"Ya está ahí la primavera, Madre. El chinook está soplando esta noche".

"¿De veras, hija?, sonrió Anne débilmente. "Sabes, hija mía..." Elaine se echó a temblar de que su Madre siguiera. ¿Qué era lo que luchaba por decirle?

"Cuando yo era una muchacha..." La cara de su Madre se puso blanca, cerró los ojos y sus dedos empezaron a revolotear sobre las sábanas. Luego no volvió ya a hablar a ninguno ni parecía reconocerlos.

El Padre los mandó a todos a la cama. Elaine no podía dominar su temblor ni parar el castañeo de sus dientes. Las sábanas le parecieron tan heladas. Al fin se quedó quieta, escuchando y esperando. Del cuarto de su Madre venían bajos gemidos y Elaine pudo oírla repetir muy claro y despacio, deletreándola la palabra V-I-V-I-R. Se conmovió toda al darse cuenta de qué terriblemente quería vivir su Madre. Había tenido siempre una resignación valiente para todo lo que ella creía que era la voluntad de Dios. Los designios de Dios ¿no eran siempre lo mejor, aunque Dios no ose dignarse dejar a los hombres verlos por completo? Ahora que su razón y su dominio de conciencia le fallaban, inetntaba un esfuerzo gigante contra la muerte. Elaine se puso a rezar fervorosa para que se hiciera el milagro que ella sabía que no habría de hacerse.

Por la mañana la nieve había desaparecido casi toda, menos algunas manchas bajo los manzanos y alrededor de los edificios donde se había acumulado en profundos montones; el agua corría por todas las cunetas y todos los caminos. El sol del día era brillante aunque el viento soplara todavía. Los estanques rizados destellaban luz y las primeras colinas y los montes lejanos se destacaban reluciendo blancos alrededor del valle. A mediodía murió Madre.

Cuando la pesadilla de los días siguientes, aquella confusión de gente que entraba y que salía hubo terminado, Elaine, aliviada ya, bajó otra vez por el camino del huerto. Qué bueno era estar sola. Ya no lloraría más, llevaría siempre la carga de tristeza que la rendía, la dolorosa soledad y las preguntas sin respuesta. Cerca de la cañería, la luz del sol en una cosita amarilla detuvo su mirada. Se acercó y se inclinó para considerar las perfectas hojillas de cera de una flor anidada entre las hojas verdes, casi en el suelo. "El primer botón de oro", pensó. "La planta ha debido estar creciendo bajo la nieve".

HELEN FOGELQUIST

No toda es nuestra

(En el *Rep. Amer.*)

En uno de los últimos números de *Repertorio Americano*, publica el escritor hondureño, Ingeniero Medina Planas, un importante artículo inspirado en los de Ortiz Echagüe, quien visitara estas repúblicas de Centro América a principios del año que ya finaliza, y publicados por *La Nación*, de Buenos Aires.

Nosotros deseamos glosar el artículo de Medina Planas, aunque sea muy a la lijera, para acatar la "advertencia" del señor García Monge, muy puesta en razón siempre, especialmente tratándose de una publicación benemérita como *Repertorio Americano*, con cuyas líneas debemos ser avaros todos los que nos aprovechamos de su lectura.

A nosotros nos parece que Medina Planas demuestra plenamente, que no es imputable a estos pueblos el hecho de que a menudo se ven gobernados por presidentes despóticos y tiránicos, con la honrosa y bien señalada excepción de Costa Rica. Es injusto y cruel que se quiera aplicar a los pueblos de Centro América, el sofisma de que "cada pueblo tiene el gobierno que merece". Es cierto que una tras otra se han sucedido las tiranías, eternizándose indefinidamente. Para citar un solo caso, el de Guatemala: después de los 30 años de Carrera, vinieron los 17 de Justo Rufino Barrios, los 22 de Estrada Cabrera y ya llevamos 11 del General Jorge Ubico. Pero el pueblo, privado de libertad y de justicia, no se ha conformado con la esclavitud y ha aceptado toda clase de padecimientos y ofrendado su sangre por conquistar su libertad, produciendo héroes y mártires. Y pueblos de esta clase, merecen ser libres y desenvolverse al amparo de la ley y la justicia.

Vamos a seguir al escritor Medina Planas en su "Exhortación a Charrúas y Atapascos", en el mismo orden en que expone los factores a los cuales pudiera atribuirse la endemia de nuestras tiranías y despotismos. Comienza con lo que pudiéramos llamar "factores naturales" y nos describe el itsmo centroamericano como lo hiciera un naturalista e historiador, para concluir afirmando que "nuestros factores externos son, en lo general, muy ventajosos a los del continente sureño, y así lo prueba el hecho de que en remotos tiempos precolombinos se asentaron aquí civilizaciones como las de los mayas, huétares y chorotegas, posiblemente de mayor altura que sus contemporáneos los muyskas, incas y quechúas". Luego, ni el aire, ni el suelo, ni el calor, ni la humedad, ni los vientos, ni los meteoros propios del itsmo, son culpables de que crezcan lozanos y robustos los tiranos en nuestros climas. Pero esa exculpación, no puede ser absoluta: aquí y en todas partes ponen su contingente en los hechos humanos, el suelo que pisan los hombres y el cielo que los cubre. Dejémole, pues, su parte de culpa, a nuestro clima tropical, y sigamos con Medina Planas.

"Los factores internos originarios son más o menos iguales a los de toda Indo-América", dice, y en esta denominación comprende el factor "raza", para concluir después de una larga exposición de hechos y consideraciones que apoya en opiniones autorizadas, que "los criollos y mestizos se han producido como tipos de

alta calidad, teniendo nosotros los centroamericanos, eximias personalidades como Morazán, los dos Moras, don Pedro Molina, Barrundia, Lorenzo Montúfar, el Padre Cañas, Gerardo Barrios, Masferrer, Cabañas, Policarpo Bonilla, Jerez, el monumental Rubén Darío y cien más, capaces todos y cada uno de ellos, de honrar a cualquier país del mundo".

Ya a estas horas, parece comprobado que no existen diferencias sustanciales entre las llamadas razas humanas, por más que unas se encuentran más rezagadas que otras; que no existe raza alguna que pueda llamarse pura; que la pretendida superioridad de la raza aria sobre las demás, es puramente novelesca; que ni siquiera puede asegurarse con certeza, la existencia de la raza aria, después de que el Congreso Internacional de Antropología reunido en Londres en 1934, ha declarado que no existe. Más aún: es un hecho comprobado, que las civilizaciones más perfectas se han desarrollado en pueblos de raza mezclada, como en Grecia. De manera que no puede culparse a que nuestros pueblos sean poblados de indios y todas sus mezclas con blancos, negros y amarillos, el nacimiento de los tiranos que nos oprimen actualmente y nos han oprimido en épocas anteriores.

"Entonces", se pregunta Medina Planas: "¿Cómo se han organizado nacionalidades, quizás menos favorecidas por la naturaleza si se las compara con Centro América, tales como México, Argentina, Uruguay, Colombia la nueva que es una república modelo?"

La respuseta la ha dado ya Medina Planas: es que ni los factores étnicos ni los climatéricos bastan por sí solos, ni combinados, a crear las tiranías. Entre nosotros pareciera más acertado culpar de ello al militarismo y a la incultura popular; pero resulta que ambos factores predominantes, son a la vez causa y efecto, y de aquí el círculo vicioso recorrido por nuestros pueblos y que con mayor razón pueda afirmarse que no son culpables de las tiranías que padecen y han padecido en otras ocasiones diversas. En todo caso, la culpa no es exclusivamente suya. Y ya con esta convicción, que es también la nuestra, Medina Planas recurre al parecer de Spencer: "La influencia de las sociedades circunvecinas es un elemento nuevo de enorme valor. Del mismo modo, la organización gubernamental se encuentra especialmente determinada por el medio superorgánico, es decir, por la influencia de las sociedades con que se encuentra en la lucha por la existencia". Y si este criterio pudiera fallar en cuanto al nacimiento de las tiranías, resulta de absoluto rigor si concretamos el hecho al entronizamiento en el poder de los tiranos. Por lo menos, respecto a los que actualmente oprimen al resto de Centro América, la cosa es indiscutible.

Alguno de los actuales dictadores del itsmo ideó un plebiscito para que el pueblo expresara si quería que continuara ejerciendo la presidencia por un período más, "por uno solo"; y las mujeres y los extranjeros que no votan en ninguna clase de elección popular, votaron que "sí", y lo mismo hicieron algunos de los ciudadanos electores, habiendo sido lo más sobresaliente de esta maniobra con que se suplantó el derecho de sufragio y se anuló la forma y época constitucionales para proceder a la renovación de los poderes del Estado, el hecho de que votaran los extranjeros que se hallaban de tránsito y también aquéllos que viajaban con destino a dicho país, habiéndolo hecho éstos por radio, desde los barcos y aviones. Y este gobierno surgido de manera tan irregular, fue de inmediato reconocido por el gobierno de Estados Unidos, que es el que impone la norma de conducta a los demás pueblos de América.

El ejemplo fue seguido, aunque variando algo el procedimiento, y de aquí tenemos ya tres presidentes electos hasta para el año de 1949, sin que siquiera hayan concluído todavía el mandato presidencial que ejercen.

"No es necesario mayor esfuerzo para percatarse de que los gobiernos de Estados Unidos influyen en gran proporción nuestro engranaje gubernamental", dice Medina Planas, y continúa: "Si no fuera así, lo probable es que la vida política de Honduras estuviera oscilando entre gobiernos de leyes y tiranías efímeras que el hondureño no dejaría prosperar". Y esta afirmación es igualmente aplicable a Guatemala, El Salvador y Nicaragua.

Medina Planas cita con todo acierto, antecedentes que justifican su afirmación. No insistiremos nosotros sobre el particular. Queremos tan sólo subrayar, que resulta contradictoria e inexplicable la conducta del gobierno de Estados Unidos para con estos nuestros pueblos centroamericanos, si tomamos en cuenta la declaración pública de Mr. Roosevelt, para enfilarnos frente a los regímenes totalitarios. "De lo que trata el nazismo", dijo, "es de destruir de una sola vez y para siempre, todo sistema de gobierno basado en la libre elección de los pueblos, en todos los continentes de nuestro planeta, inclusive en el nuestro". Es decir: apunta la gravedad de una intención, y desestima la realidad de un hecho ya consumado. Ubico y sus émulos han destruído "la libre elección de los pueblos", haciéndose conceder prórrogas ilegales y anticipadas, y sin embargo, siguen siendo buenos vecinos, grandes y buenos amigos! La diferencia estriba solamente, en que el nazismo *trata* de conseguir lo que Ubico y demás dictadores de Centro América han implantado ya como sistema de gobierno. De manera que la culpa de nuestras dictaduras, *no es toda nuestra*.

L. Alberto Paz y Paz

Costa Rica, diciembre, 1941.

La especialización científica

(En el *Rep. Amer.*)

La Ciencia moderna exige tal suma de conocimientos que resulta cada día más difícil a sus cultivadores alcanzar el dominio de todos sus detalles. Aun durante el siglo pasado el sabio podía estar al corriente de los diferentes trabajos que se publicaban sobre los problemas a los que dedicaba sus actividades. Hoy día es tan abundante la bibliografía que no hay posibilidad de llegar a conocer la multiplicidad de estudios o de investigaciones que se llevan a cabo en los numerosísimos centros de cultura y laboratorios que existen en el mundo.

Aumenta las dificultades el hecho de no existir un idioma científico común. El investigador tiene que dominar diversos idiomas si pretende enterarse por lo menos de una mínima parte de la labor efectuada por sus colegas.

Tal vez debido a estas causas en diversos países se ha defendido un criterio de gran especialización. Es decir, tratan de que cada científico dedique sus afanes al estudio de un problema muy concreto, extraordinariamente limitado en gran número de casos.

Podemos considerar a Alemania como el prototipo de país especializado. Toda la organización de las investigaciones tiende, desde hace tiempo, en Alemania y aun en otras naciones, a crear un hombre de ciencia que durante toda su vida se mueva en el círculo estrecho de un problema de reducidas dimensiones. Su objetivo no es alcanzar la síntesis de conocimientos que permita una clara visión del conjunto de una ciencia. Al contrario encierra su mente en el limitado reducto de una cuestión secundaria, sin tener en cuenta la mayor parte de las veces las relaciones que puedan existir con el progreso general de una rama del saber.

Conviene que pensemos si los progresos que pueden ocasionar un avance considerable n las ciencias han de salir o no beneficiados con este sistema, que tratan de imponernos, de una especialización cada día en aumento. Merece la pena que discurramos sobre estos problemas puesto que el porvenir de la Humanidad depende, en gran parte, de la orientación que se dé al estudio de aquellos conocimientos que puedan permitir un mejor dominio de las fuerzas y de las riquezas naturales.

Según mi concepto un sistema científico basado en la especialización excesiva sólo pueden recomendarlo aquellos que tienen la visión estrecha del esclavo o la falta de imaginación del mediocre. Tal vez parezca muy dura esta conclusión y por ello necesitaremos apoyarla en algunos razonamientos. Además tenemos que señalar que no debemos considerar a la especialización como un mal en sí misma; únicamente estimamos que constituye un error como sistema.

La especialización como fin de la moderna ciencia parece la obra de aquellas mentes que quieren convertir en esclavos a todos los hombres, incluso a los que dedican su vida al estudio o a la investigación; de quienes anhelan que perdamos la personalidad al suprimirnos una visión general de conjunto. Por ello comprendemos que la especialización como sistema está favorecida por el nacionalismo científico. Un país que aproveche el esfuerzo intelectual de los hombres para sus fines imperialistas necesita tener encadenados a sus científicos e investigadores.

Pongamos un ejemplo sencillo que nos permita aclarar el fondo de este difícil problema. Lo mejor será que comparemos el trabajo manual con el trabajo intelectual. Realmente no existe un abismo que separe al obrero que labora con su esfuerzo muscular del que emplea el esfuerzo de su inteligencia. Todo trabajo requiere una suma de conocimientos teóricos o prácticos y en el desempeño de una tarea lo mismo puede poner su saber el mecánico que el químico, para citar un solo ejemplo.

En el trabajo manual también han tenido los países de gran desarrollo industrial capitalista a suprimir la personalidad individual. El trabajo en serie, base de la organización en grandes empresas, suprime la habilidad del obrero, le quita el estímulo que puede poner en su labor, lo reduce a un mecanismo inconsciente. Hace al hombre esclavo de la máquina en lugar de hacer a la máquina esclava del hombre. Suprime cualquier idea de perfeccionamiento en la tarea personal.

Se quiere convertir también al hombre de ciencia en un trabajador en serie. El objetivo parece ser el mismo, suprimir la personalidad. Un obrero de una gran fábrica que tenga organizado el trabajo en cadena sólo construye una pieza o coloca una tuerca, pero desconoce la máquina completa que resultará de su

esfuerzo y el de sus compañeros. Un especialista científico sólo sabe que ha logrado mejorar un pequeño detalle del conocimiento humano, pero ignora también el uso que de su descubrimiento puede hacer la organización dominante para sus fines egoístas. Fines que muchas veces nada tienen que ver con la ciencia pues están encaminados directamente a una preparación bélica que permita dominar a otros pueblos o esclavizar al resto de la Humanidad.

La tendencia hacia una absoluta especialización como sistema va acompañada de un exagerado nacionalismo científico. Se quiere suprimir al hombre de ciencia el carácter internacionalista de su labor, se quiere quitar a los progresos del saber el beneficio que deben proporcionar a la Humanidad en general. La cultura y la investigación ya no son un fin para el bienestar de todos los hombres, son un medio de asegurar el dominio de una raza o de un pueblo.

Contra esta tendencia que trata de ahogar los avances científicos y técnicos, que pueden permitir el mejoramiento de las condiciones de vida de otros, debemos levantarnos cuantos tenemos la idea de que los descubrimientos de los sabios deben ofrecer un carácter de absoluta universalidad.

Es cierto que las dificultades son cada día mayores para el científico, pero todo tendría un arreglo si se adoptara una buena organización. Se puede y se debe llegar al idioma único para todas las publicaciones de las diferentes ramas del saber. Es posible crear una organización que estudie todos los trabajos que se publiquen en las diversas partes del mundo y las reuna y sintetice. Es fácil poner en contacto a los que cultivan la misma ciencia en los distintos países, permitiendo unificar la labor y el que puedan prestarse una ayuda mutua.

Una buena organización científica universal evitaría las dificultades que ahora encuentran en su camino el investigador y el teórico. Pero ¿transigirá el nacionalismo imperante con una modificación que convierta al sabio en un ciudadano del mundo? Podemos tener la seguridad de que no. El imperialismo es contrario a la personalidad humana, quiere encerrar a todos en el estrecho marco de sus fines de dominación. Para que el hombre de ciencia sea libre es necesario imponer primero la libetad como sistema de la organización humana.

Por ello el verdadero científico debe tener la mente abierta a todas las ideas, tiene que dirigir su mirada no a la sociedad que le rodea, triste sociedad de egoísmos y de castas, sino a la sociedad del futuro. Tiene que anhelar un mundo nuevo en el que se rompan las barreras que se oponen al progreso de los pueblos, en el que la ciencia no sirva para el beneficio casi exclusivo de unos pocos. Trabajemos todos para que las ciencias puedan progresar sin restricciones, para que sus descubrimientos eleven el nivel cultural de todos los hombres y rodeen a la Humanidad de las mayores comodidades y alegrías.

El hombre de ciencia no puede ni debe quedar encerrado en su torre de marfil. Menos puede aun conformarse con ser un soldado desconocido en el progreso general. La Ciencia es algo más grande, es la base que ha permitido que el hombre de las cavernas haya llegado a rodearse de un gran número de comodidades y a disponer a su antojo de la naturaleza que antes le dominaba. La Ciencia y el trabajo son la base del progreso humano y deben estar por encima de los egoísmos de los pueblos o de las castas.

San José, diciembre 1941.

RAFAEL DE BUEN

San José, Costa Rica, dicbre. de 1941.

Uno más al Hospital

(En el *Rep. Amer.*)

Toda la tarde se habló del viaje de Nicolás Ramírez, uno de los creadores de la hacienda, un peón que derribó árboles centenarios en la selva virgen, siendo joven él, "cuando llovía más y alumbraba menos el sol en esta zona".

Ayudó Nicolás a levantar los potreros, los cafetales, los bananales. Vió convertirse en humus dador de pastos, café y bananos, la tierra que antes era sólo creadora de selva.

Dábase Nicolás algunas huídas, a gastarse la platilla en buena comida, trajes y diversiones. Volvía a la hacienda trayendo cuchillo nuevo y recuerdos imborrables.

¡Y a curvarse otra vez, a coger la pala, a sembrar el hacha en los árboles crugientes, el cuchillo en los jarales, y la esperanza en un mañana con plata y descanso holgado!

Se fueron las semanas, los meses y los años; se marchó también el siglo XIX, y Nicolás Ramírez siempre en "Los Encantos" ganando plata, sufriendo aguaceros, tejiendo con los hilos de la fantasía, horas de paz y abundancia.

Nuevos días vinieron, nuevos años. Sazonaron, maduraron, cayeron, se pudrieron, y Nicolás en "Los Encantos", pegado al trabajo, esclavo de la tierra que no era suya, de la selva que nada grande le ofrecía, como no fueran los peligros...

El mocetón se tornó joven; el joven se hizo viejo; el viejo—medroso—fué arrimándose a la senectud.

La realidad—¡cochina realidad!—le enseñó con gesto macabro las manos vacías.

—No guardaste ni un colón para tu vejez—le dijo. Mira; vacías las manos.

Sonrió Nicolás.

—¡Mañana!—le gritó a la realidad.

La realidad sonrió macabramente, y hace pocas semanas le arrimó el cuchillo a la tibia; el cuchillo lo hirió; en la herida anidaron los microbios; los microbios infectaron la herida purulenta...

La realidad sonrió macabramente.

Nicolás guardó silencio, ensimismado.

Y guardó cama, y dejó de trabajar, y de ganar salario completo.

Los vecinos lo ayudaban.

Los vecinos lo curaban.

Los vecinos lo echaron en una carreta y lo enviaron al Hospital.

Unos dicen: le cortarán la pierna.

Otros: no volverá.

Y todos, sin decirlo:—Se morirá?

—o—

Mañana, apenas se hablará de Nicolás. Si acaso alguno dirá su nombre maliciosamente, cuando vea la perra sin dueño (el único amor de Nicolás).

Anoche aulló la perra. Llamó al dueño llorando. El aullido horadó nubes y se le vió la faz a la luna.

—Se morirá Nicolás—dijeron las mujeres. Aulló la perra al salir la luna. Mal agüero.

Y empezaron a santiguarse, abrazando las madres a sus hijos, con miedo supersticioso. Y como la víspera de llevarse a Nicolás, sobre la casa del enfermo se oyó el grito lúgubre de la *pava seca*, se afirmaron en la creencia de que no vuelve Nicolás.

(Yo quiero que no vuelva. Deseo que se muera).

Viejo, enfermo, decrépito, solo, pobre, ¿qué viene a hacer a "Los Encantos"? ¿A hambrear, a que le den, cual limosna, trabajos suaves?

¡Que se muera el viejo! ¡No sirve para nada. Le escasean las fuerzas, no coge la mano bien el cuchillo, no miran los ojos tan claro como ayer!...

El creador de la hacienda es viejo. Es un buey menos...

Pero ayer vinieron dos mocetones a pedir trabajo. Cojan ellos el yugo y laboren. Forjen para después castillos en el aire. La realidad, con risa macabra les dirá su sentencia.

Buenas noches, Nicolás Ramírez.

Buenos días, robustos mocetones.

FRANCISCO LUARCA

Hacienda *Los Encantos*. 1940.

Noticia de libros

(Indice y registro de los que nos envían los autores, centros de cultura y casas editoras).



Señalamos los siguientes, y agradecemos su envío:

El Nº 28 de los Cuadernos Literarios de la "Asociación de Escritores Venezolanos":

Pascual Venegas Filardo: *Estudios sobre poetas venezolanos.* Editorial Elite. Caracas. 1941.

(9 estudios). Con el autor: Apartado 1114. Caracas. Venezuela.

*

José Fabbiani Ruiz: *Mar de leva.* Novela. Editorial Elite. Caracas. 1941.

Con el autor: Garita a Pepe Alemán 12-4. Caracas. Venezuela.

*

Carlos Samayoa Chinchilla: *La casa de la muerta.* Cuentos y leyendas de Guatemala. Guatemala, C. A., julio de 1941.

(Envío de la Legación de Guatemala en Costa Rica).

*

Miguel de Unamuno: *La ciudad de Henoc.* Comentario, 1933. Lucero. Editorial Séneca. México, D. F.

(El prólogo es de José Bergamín).

*

Como envío de la Academia Nacional de la Historia, en Caracas:

José de Oviedo y Baños: *Historia de la Conquista y la población de la Provincia de Venezuela.*

Reproducción facsimilar de la edición hecha en Caracas en 1824 por Domingo Navas Spínola.

Homenaje de la colonia americana a Venezuela.

Edición hecha a iniciativa de Paul Adams. Nueva York. MCMXL.

*

J. Rodolfo Lozada: *El turismo, lazo espiritual y fuente de progreso.* Editorial Pirámide. México, D. F. 1941.

Con el autor: Lerma 220 bis. México, D. F. México.

*

Arturo Cambours Ocampo: *Poemas de la vigilia y del hombre.* El Ateneo. Buenos Aires. 1939. 2da. Edición.

Con el autor: Callao 86. Buenos Aires. Rep. Argentina.

*

José Luis Sánchez Trincado: *La inquietud filosófica en la poesía dramática de Arturo Cambours Ocampo.* Signo. Buenos Aires. 1941.

*

Laurel. Antología de la Poesía Moderna en lengua española. Colección Laberinto. Editorial Séneca. México 1941.

La elaboración de esta antología fué confiada a los poetas: Emilio Prados, Xavier Villaurrutia, Juan Gil-Albert y Octavio Paz.

(Incluidos 39 poetas, por ambas partes: españoles y américo-hispanos).

*

Renata Donghi Halperin: *El sol sobre las manos.* Novela. M. Gleizer, editor. Buenos Aires, 1941.

Con la autora: Obligado 227-3. Bs. Aires. Rep. Argentina.

*

Adolfo Salvi: *Canciones nacidas en primavera.* Viñetas de Abel Vallmitajna. Caracas. 1941.

*

El Nº 27 de los Cuadernos Literarios de la "Asociación de Escritores Venezolanos":

José Salazar Domínguez: *El Doctor Aguijo y su ayudante* (Cuentos). Editorial Elite. Caracas. 1941.

*

M. López Pérez de Freineda: *Narraciones del hallador.* Tragedias al rojo opulento. México, D. F. 1940.

(Son 11 cuentos).

*

Luis Churrión: *Voces del sendero.* Caracas. 1941.

Con el autor: Aptdo. de Correos Nº 13. Caracas. Venezuela.

*

Colombia ya tiene su *Biblioteca del Maestro,* que irá siendo como una Dirección de Cultura al estilo de la cubana, la venezolana, tan celebradas en nuestra América por los que estudian y se desvelan. La mantiene, como es natural, el Ministerio de Educación Nacional. Han publicado ya 5 Nos. de la Escuela Normal, revista que llama la atención, que señala rumbo a otras Secretarías de Educación rezagadas en nuestra América. De la Biblioteca del Maestro han sacado, hemos recibido:

Estudios varios, por Frco. José de Caldas.

El significado de la Historia, por Willy Durant. Traducción directa del inglés por Luis Alberto Sarmiento.

Vendrán:

Charlas pedagógicas, por William James.

Pensamientos de Marco Aurelio, con prólogo de Sanín Cano y notas de José Prat.

El Manual de Epicteto, con prólogo de Guillermo Valencia.

*

Marcelino Menasché: *La mitad del viaje de Orfeo.* Con un prólogo de Gilberto González y Contreras y una punta seca de Pedro Olmos. Cuadernos de Cenit. Hipocampo. 1941.

Con el autor: Avenida de Mayo, 636. Bs. Aires. Rep. Argentina.

*

Delio Ortiz: *Diplomacia de gangsters.* Quito, 1941.

(Tesis: Las consecuencias surgidas del Tratado Salomón-Lozano).

Con el autor: Apartados 330. Quito. Ecuador.

*

Faustino Nascimento: *Ritmos do Novo Continente.* 1939. Río de Janeiro.

Con el autor: Rua Raúl Pompeia, 24. Copacabana. Río Janeiro. Brasil.

*

Envío de *Atenea.* Universidad de Concepción. Casilla 20 C. Concepción. Chile:

Enrique Molina, Rector y Profesor de Filosofía de la Universidad de Concepción: *Peregrinaje de un universitario.* Notas y reflexiones. Editorial Nascimento. Santiago de Chile. 1941.

*

Tomás de Jesús Castro: *Aldea y urbe.* (*El desquite* y siete narraciones). San Juan de Puerto Rico.

Can el autor: Apartado 1974. San Juan, P. R.

*

Dos libros de Estrella Genta:

Cantos de la Palabra iluminada. 2do. volumen. Montevideo. 1936.

Constelación del sueño. 3er. vol. de *Cantos de la Palabra iluminada.* Montevideo. 1938.

*

V. M. Pérez Perozo: *Fabulillas.* Quito. 1941.

*

Nicolás Morinkev: *Exposición de mis ideas.*

Culminación de la dialéctica: solución del conflicto. Materialismo. Idealismo. Una pugna trascendental: La ciencia contra la moral.

*

Tulio A. Cestero Burgos: *Colombia en llantas.* Colombia. 1941.

Son versos. Con el autor: Aptdo. 280. Medellín. Colombia).

*

Remitida por el Comité de Estudios sobre América Latina ha llegado a nuestra mesa de redacción, nítidamente impresa y empastada, una Guía Bibliográfica de autores indoamericanos.

Es el catálogo más completo de cuanto úno pueda imaginarse. Contiene 114 páginas en las que van incluidos un índice de abreviaturas y otro de nombres; fuera de esto tiene doce páginas con el prefacio, introducción y nómina de materias Se encuentran con detalle las producciones de nuestros pensadores y hombres de letras, dándose especial atención a los asuntos filológicos.

Digna de toda alabanza y reconocimiento es esta interesante y pacientísima labor, que hasta la fecha no hemos visto realizada en conjunto por los países de habla española, ni en detalle por ninguno de ellos.

Gracias por el envío, que recomendamos a nuestros hombres de estudio.

h. m. p.

Versos nuevos

(En el *Rep. Amer.*)

MENSAJE A LAS REPUBLICAS INDO-AMERICANAS

Para Raúl Haya de la Torre

Pueblos libres de América, es la hora
del destino. Se ha roto la paz.
Se aproxima la bota invasora
nuestros campos tranquilos a hollar.

¡De pie todos! La próxima aurora
ha de hallarnos en lucha tenaz
confundidos en una sonora
alma en llamas por la libertad.

Indo-América autóctona y fiera
hombro a hombro, bandera a bandera
con la América Septentrional,

convirtiendo la azada en espada,
luchará en esta nueva cruzada
por su tierra y por su dignidad.

Costa Rica, 7, XII, 41.

BIENVENIDA

A Arnulfo Arias, Presidente legal de Panamá.

Gentil-Hombre de la alta aristocracia
del Deber. No creíste necesario
convertirte en ridículo incensario
para servir de pie la Democracia.

Si del Poder te despojó la audacia,
no ha conseguido el sable victimario
herir del estadista visionario
la reciedumbre de tu idiosincrasia.

Bien venido, Bayardo peregrino!
Tu ensueño es el ensueño de Sandino:
la dignidad de América indo-hispana.

Bienvenido a esta tierra que se ufana
de ser para la tuya noble hermana
en la fraternidad del buen vecino.

Puntarenas, X-41.

EVOCACION

A la pequeña y delicada artista Virginia Grutter.

Entre tus manos gráciles y finas,
tal como si tuviera un corazón,
derramó sus cadencias cristalinas
como chorros de luz el acordeón.

Pensé entonce en las noches campesinas
cargadas de añoranza y de emoción:
las guitarras, el ron, las concertinas,
y el caldero cantando en el fogón...

El trago, el carraspeo, la tonada,
el chocolate, el cuento de camino,
y la desconcertante risotada

con que, olvidando su inmutable sino,
recostado a un horcón de la enramada
espanta su tristeza el campesino.

Puntarenas, 12, IX, 41.

ADVENIMIENTO

(A los franceses libres del Gral. de Gaulle)

Ha de volver la Francia de otros días
a levantar la indómita cabeza
entonando las bravas armonías
de su canto inmortal, La Marsellesa.

Plena de majestad y de grandeza,
retorciendo en un haz sus rebeldías,
derribará la odiada Fortaleza
y asaltará otra vez las Tullerías.

Entonces, a manera de prodigio,
en el cielo un inmenso gorro frigio
como señal del tiempo flotará;

y de sus tumbas saltarán prestantes
como dos oriflamas tremolantes
el canto de Hugo, el verbo de Zolá.

Puntarenas, VIII, 41.

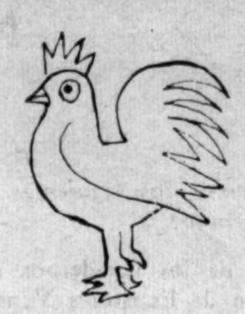
MAMITA YUNAI

Carta a
Carlos Luis Fallas

No sé qué será novela.
Entiendo que a un cuento largo
se dá tal nombre, y que puede
ser ese cuento fantástico
o exponente vivo y crudo
de algo verdadero, de algo
que pasa ante nuestra vista
como quien dice, gritando
para que todos lo escuchen
sin que nadie le haga caso;
trocitos de realidad
colocados en un cuadro.

Pues bien, si así son las cosas
y no estoy equivocado,
es su Mamita Yunai
una novela ¡qué diablos!
y desde luego no hicieron
bien los señores Jurados
en tratarla con desdén
y arrojarla en el canasto,
tal vez por lo narrativa
o quizás por los carajos
que adornan y condimentan
y dan fuerza a su trabajo;
por las mismísimas causas
que a Zolá dieron maltrato
los paladares pulquérrimos
de los grandes literatos
de una época infortunada
que se pudrió en el pasado.

Yo que he sido un hombre de lucha
y que jamás he tomado



lo que llaman una lira
o una pluma entre las manos
si no es para abrir senderos
entre la maraña a tajos,
comprendo el ansia infinita
de su corazón gallardo
al escribir ese libro,
esa novela, ca...nastos!
llena de un hondo verismo
y de un dolor ultra humano;
libro ejemplar, si los hubo,
por el desfile macabro
que él presenta de las penas
que el montón asalariado
de los dueños de este suelo
va soportando, ignorado,
en los amplios bananales
donde la peste y el suampo
pudren los cuerpos fornidos
y fermentan en los ánimos
la rabia que arma las lenguas
y el odio que arma los brazos.

Util en todo sentido
me parece su trabajo
que he leído con deleite,
que he sorbido trago a trago
—como se bebe un licor
dulce, perfumado y áspero—
Util, porque en el discurso
del sensacional relato
los auténticos dolores
de los pobres van pasando...
van pasando ante los ojos
tranquilos y adormilados
de los que viven felices,
sin congojas ni quebrantos,
pensando que todos tienen
su mismo íntimo regalo
y que los que alzan los puños
al cielo con gesto airado,
reclamando su derecho
desconocido o negado,
son gratuitos enemigos
del orden a cuyo amparo
engordan los poderosos
y mueren los despojados.
Util también porque aprenden
en él los gringos malvados
que hasta los perros sumisos
al cabo tórnanse bravos
y a mortales dentelladas
acaban con sus tiranos.
Y, útil también porque lleva
a los corazones altos
que lleguen a regentar
los Poderes del Estado,
el clamor de los que esperan
en su dolor aherrojados
la voz que está ya diciéndoles:
¡pobres parias, levantaos,
en vuestra tierra fecunda,
sólo vosotros sois amos!

Mi cálida enhorabuena
por su brillante trabajo.

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

Puntarenas, XI-40.

La voz del antepasado

(En el *Rep. Amer.*)

¿Qué lejano antepasado vibró en épocas remotas ante la belleza del paisaje? ¿De cuál voz soy el eco?

En los tiempos pretéritos de una China legendaria, un ancestro inclinó la frente ante la poesía de la noche y del amanecer. Lo veo: nítidamente. Podría pintar su rostro pálido, su cuerpo cenceño, sus brazos cruzados envueltos en las amplias mangas, sus manos firmes y delgadas y místicas. Veo su traje amplio, bordado, y sus silenciosas pantuflas. Está en una habitación clara, frente a una ventana, y mira el campo. Sé que vivió lejos de las ciudades, meditando, con una dulce filosofía de la vida. Sonríe. El tiempo es un mito. Vivo en un siglo ha mucho pasado. Sonríe mi desconocido y milenario abuelo. Sonríe y yo lo miro. Por la ventana abierta contempla las grullas y las garzas que se entreabren a la orilla de la laguna.

Y ante la majestad del crepúsculo sonríe, sonríe levemente y con suaves pasos se encamina al interior de la casa. Una joven ciega canta tras de los biombos alegremente pintados.

Yo, Guit-Len, soy una sombra, una sombra de los siglos nuevos que ha vuelto a remotas edades en busca de voces antiguas. Y en el fondo de mi ser, caja de resonancias, la música ancestral cobra bríos, se eleva potente y se va apagando lentamente... Soy un eco perdido que ha encontrado una vía, una ruta de ensueños.

¿En qué tiempo, antepasado mío, vibraste ante el color y ante la vida? ¿Qué versos plasmaron la belleza de tu interior? ¿Qué mariposas revolaron por tu mente, inquietas y efímeras?

Y mis manos, mis manos fueron dos lotos que perdieron su forma y su color en el largo viaje por los siglos. Y dirán:

—Fuímos dos flores de un estanque poético.

Y la sutil belleza se hizo carne morena, forma sin poesía; la sangre cambió el tono azulino y frío por otro rojizo y cálido.

Antepasado mío: no se ha perdido tu canto: el ritmo de tu sangre ha de ser música, y tu emoción sincera, amor.

Pasan las grullas y las garzas, y tú, ancestral voz que enredaran los vientos entre los ciruelos, vienes tímidamente y te haces fuerte dentro de mí, colectora de ecos, lente de remotas edades.

Ritmo de mi sangre, poesía de mi vida, antecesor que vivieras en un país de leyenda: sobre tus huesos que hoy son arcilla, un árbol nuevo crece nutriéndose de tus emociones efímeras, y sin embargo, eternas.

¡Oh milenario abuelo!: ¡yo te saludo!

HILDA CHEN APUY.

Costa Rica, diciembre del 41.

Honro a dos hombres...

Honro a dos hombres y no a tres. Primero al Artesano gastado por el trabajo, que, con su Utensilio sacado de la tierra, laboriosamente conquista la Tierra y la hace propiedad del hombre. Venerable es para mí la ruda mano, deformada y rugosa, pero donde hay una virtud, sutil, imprescriptiblemente real, como de quien tiene el cetro de este planeta. Y venerable es para mí el arrugado semblante, curtido por la intemperie, sucio, con su ruda inteligencia; porque es el semblante de un hombre que vive como hombre. ¡Oh, tu rudeza te hace más venerable, y debemos sentir tanta compasión como amor por ti! ¡Hermano duramente tratado! Por nosotros está tu espalda así encorvada, por nosotros se han deformado así tus miembros y tus dedos: tú fuiste nuestro conscripto, sobre quien cayó la suerte, y peleando en nuestras batallas te has desfigurado así. Sí; en ti puso Dios también una forma hecha a su imagen y semejanza, pero no había de desplegarse; había de quedar como incrustada de los rasguños y manchas del Trabajo; y tu cuerpo, como tu alma, no había de conocer la libertad. Sin embargo, trabaja, trabaja; tú cumple tu deber; que no lo cumpla el que pueda: tu trabajo para lo que es indispensable de todo punto, para el pan cotidiano.

Honro a otro hombre y todavía más: al que vemos trabajando para lo que es espiritualmente indispensable: no para el pan cotidiano, sino para el pan de la Vida. ¿No cumple también su deber, esforzándose por percibir la íntima Armonía; revelándola, de acto o de palabra, a través de todas sus tareas exteriores, sean elevadas o humildes? Es el mayor de todos los hombres cuando su esfuerzo interior y exterior se unifican; cuando podemos llamarle Artista; cuando podemos ver en él, no sólo un Artesano terrestre, sino un pensador inspirado que, con un utensilio sacado del cielo, nos conquista el cielo. Si el pobre, el humilde trabaja porque tengamos alimento, el alto, el glorioso, ¿no debe en cambio trabajar para su hermano, porque tenga luz, dirección, libertad, inmortalidad? Honro a estos dos, en todos sus grados: todo lo demás es basura y polvo, que el viento puede arrastrar adondequiera. Pero me siento inexplicablemente conmovido cuando encuentro las dos noblezas reunidas; cuando el que debe trabajar exteriormente para las necesidades inferiores del hombre, trabaja también en su alma para las superiores. No conozco en este mundo nada más sublime que un Santo Labrador, si hoy puede encontrarse en alguna parte un ser tal. Este ser hará que os remontéis hasta el mismo Nazareth: veréis el esplendor del Cielo surgir de las más humildes profundidades de la Tierra, como una luz brillante en medio de las tinieblas.

(T. Carlyle, *Sartor Resartus*. Barcelona, 1905).

Franco nos aconseja

(De *Argentina Libre*. Buenos Aires. 31 de julio de 1941).

El general Francisco Franco se ha creído en la obligación de asumir en forma activa el papel de director virtual del Consejo de Hispanidad. Es éste, por lo demás, el único cargo que ejerce en su país, ya que el otro, el presunto de jefe del Estado español, lo desempeña, a nombre de la Falange, que es, como se sabe, el remoquete peninsular del nacionalismo germánico, su diligente cuñado, el señor Serrano Suñer. Y el general Franco, con el fin de practicar con proyección extraeuropea o extrahispánica, el programa de aquel solemne e inexistente organismo, se ha puesto a aconsejar a las Repúblicas americanas de filiación ibérica en un discurso que pronunció quién sabe con qué motivo. Nos anunció, en primer lugar, que España mantiene su firme amistad con las naciones del Eje; en segundo lugar, nos advirtió que Alemania ya ha ganado la guerra; en tercer lugar, nos recomendó con ceñuda vehemencia no abandonar la neutralidad y unirnos a la cruzada contra el comunismo. Y nos advierte y nos aconseja en virtud de que siendo americanos, estos pueblos deben oír la palabra de quien se instituye en algo así como su orientador, por razones de vejez histórica y de patronazgo tradicional. Volveremos así al concepto que tienen de las nacionalidades latinoamericanas los gobernantes del actual régimen español. Pésimos administradores, incapaces de resolver sus problemas locales, que empiezan en la necesidad primordialísima del pan y del techo, aspiran a dirigir la vida de numerosas repúblicas cuyas condiciones ignoran aquellos revolucionarios y burócratas ultramarinos, que están aprendiendo apenas, con los maestros de la Gestapo, los secretos primarios del despotismo y los rudimentos de los métodos totalitarios. A pesar de hallarse en esa situación de catástrofe, deliran todavía con una especie de tutela imperialista, de protección espiritual de un continente en el cual el generalismo y sus acompañantes, sólo consiguen inspirar comentarios cómicos o bien suscitar una profunda misericordia cuando la gente se acuerda de que bajo su dominio, que es una careta del Reich, sufre un pueblo magnífico, una humanidad que estamos acostumbrados a amar y a otorgarle onda y desinteresada simpatía. Pero, pese a la inepcia con que actúa el gobierno de Madrid, su impopularidad de pelele, su postración de autoridad sometida a lo que le dictan en Berlín, se permite, de tanto en tanto, señalarnos su categoría de patrono de América. Lo hace por lo común con el empleo de frases fraternales e invocando en esa espesa literatura del falangismo una hermandad caliente en que se disimulan los tropos de la política imperial. Conocemos esa política. Los oradores españoles, habituados a adular al poder dictatorial de España desde los escenarios americanos —aquí en Buenos Aires hemos asistido a menudo a ese torrencial espectáculo de retorcimientos verbales - explicaron muchas veces por qué le corresponde el ejercicio de la función monitora. España, nos dijeron frecuentemente en tribunas que no fueron apedreadas, por la gravitación del idioma, de la religión, de sus méritos y de sus sacrificios seculares, tiene el derecho a prolongar en el tiempo y en el espacio de las tierras que descubrió y colonizó, la influencia directiva que conviene a grupos nacionales que necesitan su espaldarazo. Esa gruesa retórica de viajantes de comercio repercute periódicamente en las proclamas, en los decretos, en las peroraciones de los ministros y de los caudillos de la castigada península; se reproduce con indelicada insistencia en los periódicos. Aplastados por el desorden económico, por la incapacidad de organización, por la ausencia de un propósito serio, por la convicción de que no son más que agentes del nazismo, los que gobiernan a España quieren manejar algún alcaloide que les permita presentarse ante sus dóciles auditorios con un manojo trémulo de oraciones para embriagarlos así sea momentáneamente. En esas introducciones de los decretos, en esa oratoria de corrida de toros sin toros y sin toreros, se habla siempre del "imperio español de América", de la "reconquista del prestigio español en América" de "la preeminencia española en América". En su último discurso, el general Franco se ha dedicado simplemente a enseñar a las naciones americanas lo que deben hacer frente a los acontecimientos mundiales. Al intentarlo no se ha dado cuenta de que si lo hubiera hecho el presidente de la más diminuta República del continente, habría podido influir más en sus hermanas restantes que ese dictador que no representa a España y goza en este continente de un universal y risueño descrédito. Las naciones hispanoamericanas no reconocen a metrópolis en Europa, por causas de origen o de gratitud espiritual. Se han formado por el proceso de su propia voluntad en quince años de guerras libertadoras, de construcción y de evolución, y con la asimilación de todas las corrientes civilizadoras, españolas y no españolas, y continuarán desenvolviéndose de la misma manera, sin admitir restricciones venidas de lejos ni indicaciones de igual procedencia. Ello no significa el desconocimiento de lo que es España para esas naciones, como ejemplo extraordinario de vigor étnico, de belleza moral, de grandeza histórica Ningún pueblo americano incurrirá en la injusticia de negarlo. Mas esa admiración y ese cariño, que nunca se han regateado y se manifiestan espontáneamente en el sentimiento popular americano, distan, por cierto, de la aceptación de la España falangista como modelo político o como tutora de los intereses de América. Y los intereses de América son totalmente antagónicos de los que presume interpretar el desnutrido caudillo de Madrid, intelectualmente esquelético, y sumido, respecto de los designios de nuestro continente, en una filosofía de tasajo alemán. Por de pronto, los americanos de habla hispánica no creen que las democracias han perdido la guerra, porque esa derrota importaría a su vez su muerte civil. En efecto, si el nazismo triunfase definitivamente en la contienda, las Repúblicas americanas se transformarían en colonias ocupadas por el Reich, con una considerable ingerencia de la dictadura española como seudónimo de la denominación germánica. Por esto, nos interesa vitalmene la victoria británica, la victoria norteamericana y la victoria rusa, es decir la victoria de la libertad. Desde este punto de vista, la España de Franco la España del dictatorialismo falangista, es tan enemiga de América como lo es la Alemania nazi o la Italia fascista, pues tenemos la certidumbre de lo qué sería el mundo no bien afirmado el éxito de las armas del Eje. Al declarar el general Franco su inquebrantable adhesión al Eje ha proclamado indirectamente su incompatibilidad con las Repúblicas americanas. No es más que una hipótesis. El Eje no triunfará; a la inversa de lo que afirma Franco, con su tribu hilarante de colaboradores habrá desaparecido como desaparecerán tantas cosas cuya existencia o auge constituyen una sorpresa paradójica para el observador. Entonces, sobrevendrá una España nueva, una España rehabilitada, rehecha, refrescada, despojada de esponjosos retóricos del imperialismo, de habladores grotescos que, sin fuerza para dar un paso, anuncian a gritos que nos están llevando a cuestas. Esa España surgida en la sangre y en el lodo de la dictadura nazifalangista, limpia de su actual y sanguinolenta costra, hablará un lenguaje que entenderemos y no será, desde luego, un lenguaje imperialista, de festiva impertinencia, como el que usa el general o generalísimo, apuntalado por los soldados de la Gestapo. No nos aconseje. Por su boca enfeudada se expresa el nazismo prusiano y el medievalismo resucitado con la ayuda del ejército alemán y el ejército italiano, dos fenómenos absolutamente opuestos a la naturaleza de los pueblos de América. Es lo que el general Franco y sus comisarios de mazmorra no ven ni pueden comprender.

ALBERTO GERCHUNOFF



"Patrón de España"

(Por *Seoane*)

Del estudio *Horacio. Su lírica ante el gusto moderno*, Bogotá, 1937, por José María Restrepo-Millán, sacamos estos renglones:

Es un artífice que trabaja de propósito, a sabiendas de lo que hace, del material que transforma, de la técnica que aplica, y del resultado que quiere obtener. Su labor es meditada, lenta, y así lo dejan ver sus reducidas dimensiones; es cuidadosa, selectiva, como lo muestra el pulimento de la forma, el artificio de la frase, la combinación intencional de las palabras, el ritmo de significados, la trabazón de relaciones, los contrastes; es una labor, si puedo decirlo así, de gabinete, de taller artístico; en ella casi no hay arranques impetuosos; su carácter es la diligencia por escoger los materiales, trabajarlos pulcramente, y conseguir un producto acabado:

Yo, en cambio, cual la abeja de Calabria que liba
su néctar en tomillos con trabajo, en la riba
de arroyos tiburtinos y en sabinas regiones
con estro laborioso compongo mis canciones.

(*Carm.* IV. II, 27-32).

Una charla de Nasute-Pedernera

La fuga del loro

(De *La Nación*. Bs. Aires. 20, octubre. 1940)

La puerta abierta

Ibamos a sentarnos a la mesa—en la casa de mi tía se mantiene la costumbre colonial de comer a la oración—, cuando la sirvienta, en vez de los fiambres, trajo la noticia de que el loro se había soltado de su alcándara y estaba en el patinillo antecedente a la azotea. Mi tía dió un chillido, al que hizo eco el loro con otro semejante, desde la parte alta de la casa; y con ese instinto profético suyo para avizorar las desgracias, exclamó:

—De seguro que han dejado abierta la puerta de la azotea. Ya sabía yo que esto iba a pasar el mejor día...

Y resignada a no resignarse, actitud de políticos y de mujeres, empezó a recriminar a la sirvienta. Yo le dejé borbotear unos reproches, y aprovechando el primer aliento que tomó, tomé alientos y dije:

—Me parece, tía, que lo mejor sería cerrar la puerta de la azotea antes de que se fugue el loro...

La hermana carnal de mi madre me miró con los ojos de un ministro al que se le sugiere un medio de evitar una interpelación, y comentó, dirigiéndose a su silencioso marido:

—Este muchacho es el único que tiene sentido común en la familia.

Don Eremita asintió con la cabeza primero y luego con la palabra:

—Tiene algo más: tiene talento.

La sirvienta, que estaba a punto de enjugarse las lágrimas con el delantal, sonrió por la afirmativa y me miró con admiración.

Y los tres se quedaron contemplándome, olvidados ya del loro. (Lo mismo pasa con los discursos de los políticos durante una guerra; la elocuencia hace descuidar el peligro).

Desde la próxima e invisible altura, como esos espectadores entusiastas que lanzan en el paraíso un bravo a destiempo, el loro se asoció a la apoteosis de mi talento con un graznido de grajo.

Vuelta a la realidad, mi tía respondió con otro chillido y, desplomándose en un sillón, pronosticó:

—¡Qué se va a ir!

Don Eremita, que estaba en la semana de no llevarla la contraria (las dos últimas semanas del mes) murmuró como en un velorio:

—Claro que se va a ir... Si no se ha ido ya...

A lo cual mi tía repuso en tono desgarrado:

—¡Sí! Seguro que se ha ido. ¿No ven qué silencio hay arriba?

Antes de que, como los personajes de Ibsen, pudiéramos oír el silencio, la sirvienta, responsable del desastre, rompió en ruidosos sollozos, punteados por disculpas. Su planto era tan estruendoso que habría cubierto la voz del loro más chillón.

Yo aguardé una pausa e insinué:

—¿No le parece, tía, que sería mejor ir a ver si está el loro?

La interrogada me miró con asombro, y con un dejó desdeñoso escepticismo replicó:

—Andá... si te parece...

La hamaca desfondada

No tuve más remedio que largarme a la azotea, no obstante que mi pensamiento había sido el que mandaran a la sirvienta, que era la única que estaba en relaciones íntimas con el loro. Pero—y esto lo iba pensando mientras subía la escalera—tales comisiones son casi siempre encargadas a los que razonan con frialdad durante una crisis. Tener razón cuando los demás la han perdida, es algo muy peligroso en los regímenes parlamentarios...

En loro no se había fugado, ni pensaba... Despreciando la libertad, había retornado a su alcándara y se aprestaba a dormir, pero mi presencia lo despabiló. Yo no era personaje de su devoción, por lo cual, sacrificando su reposo, chairó el pico y se estiró amenazante.

Yo no acepté el desafío, sino que, muy modosamente, como si fuese a otra cosa, traté de ganar el lado de la puerta; pero Pedrito, celoso defensor de una libertad que hasta ese momento había desdeñado, me ganó, no de mano, sino de ala, porque en dos poderosos aletazos se plantó en la azotea, a cielo abierto.



Otro sobrino menos honrado habría bajado anunciando que el loro había resuelto dormir al aire libre esa noche, pero yo me sentía obligado moralmente a capturarlo. Entré en el cuarto de la sirvienta, al que le llamaban "El Palomar", y allegándome a su lecho, hice lo que un senador independiente, sordo a todo consejo: tiré de la manta. Así armado como un reciario, salí a la arena. El loro aguardaba el ataque posado en el respaldo de una silla-hamaca que desde hace años tiene el asiento desfondado. Yo me detuve un instante porque se me ocurrió de pronto que esa hamaca era la imagen de casi todos los ministros de Hacienda provinciales, porque la hamaca va y viene y siempre está sin fondos...

Después de esa reflexión, volví mis pensamientos al loro. Me fuí acercando cautelosamente hasta estar a un metro de él, pero cuando iba a echarle la manta sobre la cabeza para atraparlo (la manera de reducir un loro rebelde es la misma de sofocar los incendios), cuando estaba a punto de sumirlo en las tinieblas como a un escándalo administrativo, Pedrito se voló...

Un chillido salvaje, unos cuantos aletazos enérgicos, y la silueta del hermoso animal se fué desvaneciendo en el azul mortecino de la hora crepuscular.

Al verlo perderse en el cielo, no pude contener una interjección. Dije: "Adiós mis pulgas..."

El hombre con barba

Ustedes se preguntarán por qué no solté una exclamación más rotunda, pero es que ustedes no han conocido a Mr. Shandow.

Mr. Shandow era propietario y director de un circo de pulgas amaestradas que jugaban al polo, bailaban el pericón—con pañuelito y todo—y sabían marchar en filas de a cuatro con sus jefes al frente. Marchaban un poquito a saltos, pero marchaban. Mr. Shandow las llevaba siempre consigo en una caja de fósforos, de la que sólo las sacaba para soltarlas sobre un perro muy gordo—tan gordo que no podía rascarse—que había comprado a propósito.

Otros adiestradores—de alma de pelícanos—nutren con su propia sangre a sus amadas discípulas, pero Mr. Shandow sostenía que las pulgas prefieren los perros a los hombres. (Muchas solteronas también prefieren los perros...)

Como era fumador, Mr. Shandow llevaba también consigo una caja de esos fósforos actuales que sirven para abarsarnos las yemas de los dedos, quemarnos la ropa y—a veces—hasta para encender la pipa.

Nunca se equivocaba de caja, pero cierta vez que estábamos muy embebidos ante el mostrador del Boston Grill, un caballero ignoto le importunó para pedirle fuego. El propietario del circo echó mano al bolsillo, le alargó una caja y siguió conversando conmigo. Pero el caballero, volviéndole a tocar en el hombro, le dijo: "Disculpe, su caja está vacía..."

Mr. Shandow se dió vuelta, entonces, como

Los escritores deben ser antinazis

Resolución del Congreso de Escritores de Tucumán

(De *Argentina Libre*. Buenos Aires. 31 de julio de 1941).

El Tercer Congreso Argentino de Escritores, reunido en la ciudad de Tucumán, benemérita en la historia de América, es decir, en la historia de las libertades humanas, declara:

1º La condena de los regímenes de fuerza, que este congreso sanciona, obliga a los escritores a combatir por la libertad en que ratifica el honor de su función social, la dignidad de su oficio y la honestidad del magisterio que ejerce.

2º Su independencia mental y su sentimiento de miembros de la nacionalidad argentina les impone ese deber en nombre de sus ideales humanos y primordialmente en nombre de su condición de argentinos.

3º La contienda ideológica se dirime actualmente en la guerra desencadenada en el mundo por el totalitarismo agresor y conquistador, y los escritores argentinos confían en la victoria de todos los pueblos que sirven con su beligerancia a la civilización y encarnan en su resistencia y en su heroísmo las aspiraciones de los hombres libres.

4º Esa victoria que la humanidad espera y que atestiguará pronto la milagrosa preponderancia del espíritu, que es la definitiva dimensión de la historia, será también el triunfo de los que viven en el mundo de las nobles profesiones de la inteligencia.

picado por una víbora, y contempló al importuno: era un señor miope y calvo, con una barba enorme que le llegaba hasta el ombligo.

Mi compañero escrutó con una mirada las profundidads de la selva virgen que se dilataba ante él y, como era flemático, sólo dijo: "I beg your pardon", pero tornándose hacia mí, añadió: "¡Adiós mis pulgas!" Y luego se puso a silbar la canción de Hansel und Gretel porque la aventura de sus pulgas sabias, perdidas en las barbas del vecino, le recordó a los pobres niños extraviados en el bosque.

Este episodio me causó una impresión profunda. De modo que cuando vi perderse en el cielo el bulto del loro, con el cual pensaba contentar a mi tía y tapar, de paso, algunos agujeros de mi presupuesto—que se parece notablemente a una espumadera—, cuando vi desvanecerse mi verde y única esperanza, dije, sin proponérmelo, lo mismo que Mr. Shandow.

Pero volvamos a nuestro loro...

—Un momento, Nasute, no nos deje con la curiosidad. ¿Qué fué del hombre de la barba?

—Usted me está preguntando al revés.

—¿Cómo así?

—Usted debió preguntarme "qué fué de la barba del hombre?", porque algunos días después lo encontré muy pálido y completamente afeitado...

El loro y el águila

Pero volvamos a nuestro loro...

Apenas le vi perderse en el cielo, subí corriendo a la azotea; mas cuando la alcancé, la noche empezaba a cerrar y no pude advertir el menor signo del receloso animal.

Con el alma en los pies y el corazón en la boca (eso quiere decir que estaba fatigado y triste) permanecí un instante viendo cómo, por sobre las sierras, iban alumbrando las primeras estrellas.

Puedo decir, pues, sin falsedad alguna, que "el loro me hizo ver las estrellas...", aunque también puedo añadir que el espectáculo del cielo otoñal, enjoyándose para la fiesta de la noche, es capaz de hacerle olvidar a uno todos los loros del mundo.

Tras unos minutos de arrobamiento volvíame ya consolado y dispuesto a ofrecrele a mi tía toda suerte de explicaciones, aderezadas con varios chistes melancólicos, cuando descubrí al fugitivo, inmóvil a seis metros de altura sobre el pretil de la azotea. Estaba posado sobre una antena abandonada y tenía esa majestad de águila que cobran los loros en una posición eminente.

Y no sólo ellos: no hay político que, encumbrado en el poder, no adquiera instantáneamente, por muy ñato que sea, un perfil aquilino... y el aire de una persona que ve muy lejos, aunque sea incapaz de advertir lo que está pasando a un palmo de sus narices.

Posado en el extremo de aquella reliquia de los tiempos heroicos de la radio, cuando la telefonía sin hilos llenaba de hilos de alambre todas las azoteas, inmóvil y embozado en la capa de la noche, nuestro loro parecía una águila romana. Una de aquellas águilas de bronce que, puestas en el extremo de una lanza, pasearon victoriosas, por todo el viejo mundo, las pesadas legiones romanas. En la sombra y con el cielo nocturno a sus espaldas, como un manto imperial tachonado de estrellas, el estático avechucho semejaba un espectro glorioso venido desde el fondo de la Historia.

Parecía recordarnos, con su muda presencia, la trayectoria gloriosa de aquellas congéneres suyas, que alzaban el vuelo en el Lacio para ir a posarse, dominadoras, en los confines de Europa llevando con ellas el espíritu, la lengua y las leyes de Roma.

La aves parleras

Como si adivinase mis pensamientos, el loro lanzó de pronto una carcajada sardónica, y empezó a condolerse de su situación, diciendo como todos los loros: "¡Pobre Pedrito...! ¡Pobre Pedrito...!".

Porque nadie como ellos para apiadarse de ellos mismos... nadie... a no ser los comerciantes cuando se anuncia algún nuevo impuesto.

Pero con sus lamentos, Pedrito no pretendía quejarse del impuesto a la renta ni del impuesto a las transacciones, sino advertirme que no hay que fiarse de las apariencias gallardas y que no obstante el prestigio heráldico de su silueta recortándose sobre el fondo nocturno, él, como todos los de su raza, era un animal completamente ajeno a la Historia.

Y aquí tocamos a una curiosa anomalía de la ciencia histórica. (Le ruego parar la oreja porque esto es importante).

En ese fárrago de cosas increíbles y divertidas, que constituyen la Historia de la Humanidad, figuran, aparte de las acciones de los hombres, las de muchos animales, entre ellos varias aves... pero ningún loro. Empezando con la serpiente del Paraíso hasta concluir en el Gallo de Morón, las crónicas recuerdan a la Ballena de Jonás—el primer submarino de la Historia—, la Burra de Balaam—que es el primero pero no el único caso de un asno parlante—; al caballo de Atila, que era una especie de depilatorio aplicado a la agricultura; el león de Androcles, ejemplo de paciente agradecido, que todos los médicos citan a sus clientes al pasarles la cuenta; la Loba Romana, que ilustró el oficio de nodriza; los Gansos del Capitolio, defensores de las instituciones; el Becerro de Oro, que, de existir, ahora habría sido exportado a los Estados Unidos; el Perro de Alcibíades, precursor de la moda de los canes rabones; la Paloma del Arca, que sin duda era una paloma mensajera... y tantos y tantos otros animales de toda clase y pelaje..., pero ningún loro.

Es como si los historiadores se hubieran propueso boicotear a los loros, no obstante parecerse tanto a ellos, ya que no hacen sino repetir lo que otros han dicho o lo que han oído por ahí.

Caídos en el tintero

Pero no son los historiadores únicamente los que así proceden, los poetas también. Con la única excepción del viejo Homero, quien los trató decentemente, todos los demás, cuando por exigencias del oficio han debido presentarnos una ave parlante, nos han dado gato por liebre, y nos han ofrecido, en vez de un loro, un cuervo. ¿Necesito recordarle a usted la fábula de Lafontaine y los poemas tocayos de Edgard Poe y de Leconte de Lisle? (Los dos se titulan lo mismo: *El cuervo*).

Los poetas parecen creer que, para que una ave tenga el don de la palabra, es indispensable que se vista de luto... No es que yo niegue que haya aves negras que hablan hasta por los codos, pero esas sólo se encuentran en las cercanías de los Tribunales y además no son aves... son pájaros de cuenta.

Confieso que semejante obstinación de los poetas en darles la palabra a los cuervos y negársela a los loros, me llenó de perplejidad durante un tiempo, hasta que al cabo de pacientes estudios conseguí descubrir la clave del enigma.

Logré averiguar, gracias a mi talento natural y a la feliz circunstancia de ocupar un cargo público—lo que siempre deja tiempo para investigaciones esotéricas—, que todos esos cuervos de las fábulas y poemas no son cuervos. Empecé a sospechar esto recordando el comienzo de la célebre fábula de Lafontaine:

Maitre Corbeau sur un abre perchê
Tenait en son bec un fromage...

porque ¿dónde han visto ustedes un cuervo al que le guste el queso?

Después, leyendo el campanudo poema de Leconte de Lisle, mis sospechas se robustecieron. El gran poeta francés nos quiere hacer creer que el ave monstruosa que se le aparece al monje Serapión en la Tebaida es un cuervo milenario; pero a las primeras de cambio, cuando el obscuro pajarraco declara que está muerto de hambre, el santo varón le ofrece lo único de que dispone: un poco de pan negro y un puñado de higos. Y el avechucho acepta. Ahora bien: ¿dónde han visto ustedes un cuervo con esas propensiones vegetarianas?

Por último, volviendo a leer el famoso poema de Edgard Poe—ese poema que, según confesión del propio autor, fué construído al revés, de atrás para adelante, como se hacen casi todas las cosas entre nosotros—, al volver a leerlo y encararme con ese cuervo que repite al final de cada estrofa: "¡Nunca más! ¡Nunca más!"... tuve la revelación del misterio.

Todos esos cuervos literarios no son sino unos pobres loros que se han caído en un tintero...

—Un momento, amigo Nasute. ¿Y el loro? ¿Se bajó de la antena?

—No; allí se quedó. Convencer a un loro de que se baje es como decirle a un ministro que debe renunciar.

ARTURO CANCELA.

El proceso de los jazmines...

(En el *Rep. Amer.*)



Noches cuentan a la aurora
chispas de un rastro azuloso...
frunciendo lomos y gibas
sobre un camino brumoso.
Con luces de gafas negras
van saliendo en su retiro
casitas riendo luciérnagas...
halladas en la penumbra
de una claridad romera.

Si solo en hombros caía
el aire ungido en la sierra
que rociado de alas frías
bajaba su olor en tierra...
donde la cuesta estirada
reclinaba la cabeza...

Adentro sobre la vía,
van las conciencias serenas,
o giran vidas dormidas
en raras sillas de espera.
Respirando el aura suave,
entre frases incompletas,
paraba atención la voz
que acertaba comprenderlas.

Mientras el largo camino
baja la falda ligera,
puntos en la obscuridad:
hileras de luces bellas...
se ven tiradas al suelo
como globos con estrellas.

Se busca ya de redonda
mirada, la faz entera
de la iglesia que aparece
tiznada de cordillera...
Tras la esquina de los salmos
la luna escondió su cueva.
Que otras veces en las noches
sonrientes de cara llena...
mostró el patio perfumado
de los jazmines de cera...
¡Abiertos sobre la verja
con caritas de azucenas!
Noche pálida y ligera...
velando en estrellas mudas
fragancia blanca repleta,
de una sorpresa morena...
¡El robo de los jazmines
provoca la luna llena!

Sabias miradas de encuentro,
silencio en mudo temblor...

Más azul en otros cielos
que delata el corazón,
traza zig-zags aromados
de estos luceros en flor.

Trepando en gracia destacan
los contrastes del ladrón...
que brindó con manos suaves,
al activo impulso armado
por el flanco de mi hoz.

Costa Rica, diciembre, 1941. YSOLA GÓMEZ

La tarde y el esqueleto

(En el *Rep. Amer.* San José, setiembre de 1941).

Aquella tarde, como todas las tardes, el caballero se puso a leer los periódicos.

Desde mucho tiempo atrás, sus costumbres casi no variaban. Todos los días, las mismas cosas a las mismas horas. Esto disgustaba a los que se enteraban y cada uno trataba de hallar una explicación para esos hechos; especialmente el psicólogo alemán de la calle de a lado, que tenía gran afición por las rarezas.

Aquella tarde, como todas las tardes, el caballero se puso a leer los periódicos.

De pronto una noticia lo sobresaltó. Era en la página de sociedad. Había ahí una participación a entierro. Leyó los nombres de sus parientes y, bajo una enorme cruz negra de bordes curvos, vió su nombre en elegantes caracteres góticos. Después, un poco más abajo: "Que de Dios goce".

No recordaba nada. Sentía únicamente un raro sonido nuevo dentro de su cabeza. "Estoy delirando", se dijo; pero inmediatamente la duda: "¿Y si fuera cierto?", "¿No he de morir?", "Sé cómo es la muerte para asegurar que no he dejado de existir?" Porque, en realidad, todos tenemos ideas más o menos personales y siempre falsas acerca de la muerte. Si para algunos es el paso a una vida eterna de incienso y arpa, o bien de fuego y gritos, para otros que se consideran más instruídos será un paso en el ciclo evolutivo de nuestras células, que deberán sufrir cambios bioquímicos hasta transformarse en otros productos vitales. Para otros, en fin, la muerte será una eterna y solitaria noche.

Pero el caballero no recordaba nada. Todo en su vida había sido previsto gracias al orden observado. Ningún hecho se había anticipado a la fecha que le había sido asignada.

Pero el periódico traía la noticia de su muerte. Era confuso el asunto. Trató de convencerse de que vivía e hizo un esfuerzo entonces para reanudar la lectura, pero en vano. La inmensa cruz negra de bordes curvos lo obsesionaba.

Se levantó del asiento, hizo a un lado el periódico y se dirigió a su dormitorio.

La antigua cama. Y con el fuerte golpe de la sangre en sus arterias cerebrales como metrónomo, vinieron a su memoria, asociados con la escena, recuerdos de cosas pasadas de su vida. El antiguo lecho y sus primeros días de viudo. Su desesperación en aquel entonces. La enfermedad de la mujer. Y, siempre retrocediendo en sus memorias, el hijo que nació muerto, los nervios del primer y único embarazo, la luna de miel. La boda. El vestido blanco, parecido al que llevaba cuando la vió por primera vez, en primavera. Un vestido vaporoso que comunicaba su alada agilidad a la figura de la joven.

Luego la mesa de noche. En la gaveta pequeña siempre había buena provisión de píldoras laxantes, pastillas hipnóticas y pomadas. Porque desde pequeño, acaso por aquel abandono en que sus padres siempre lo tuvieron, se fué aficionando a cuidarse con exceso. A medicinarse continuamente. De aquel abandono nació también su afición por los libros. Ahora recordaba eso al contemplar la biblioteca llena de volúmenes bien escogidos y mejor empastados, acomodados tan cuidadosamente que producían mala impresión a sus amigos, que pensaban, influídos acaso por los escritores franceses, que el erudito ha de ser necesariamente desordenado y descuidado.

Y él no era descuidado. En su ropero, limpios, en fila como militares, estaban sus magníficos trajes cortados siempre a la última moda. Ese era uno de sus defectos: exageradamente preocupado por la ropa. La única prenda que le daba personalidad era la corbata. La usaba floja, con el nudo grueso, como Ivan, el empleado ruso de su fábrica, a quien había despedido en la última huelga.

Porque en la fábrica las huelgas eran frecuentes. Los motivos, casi siempre los mismos: bajos salarios y muchas horas de trabajo. Pero esas huelgas siempre fueron mal organizadas y prácticamente no tuvieron resultados. Obligaban al propietario, eso sí, a ingerir una fuerte dosis de sulfato de magnesio para descongestionar la vesícula biliar.

—La educación—le decían sus amigos de club aristocrático.—Esa es la culpable. Hay que enseñar al obrero a usar de sus músculos para hacer de él un miembro útil a la colectividad. Hay que darle deporte. Si el obrero se aficiona a los libros, inmediatamente se transforma en disociador, porque las clases bajas no están capacitadas aún para comprender lo que está escrito.

Luego ordenaban sus bebidas alcohólicas que, rara coincidencia, tenían un precio igual al del salario que por once horas de trabajo duro y cotidiano recibían los empleados de la fábrica.

Así, la vista de los muebles fué despertan-

do recuerdos esa tarde. Un gran silencio había por toda la casa.

De pronto, el sonido de la puerta principal que se cierra con violencia. Los deudos que suben por la escalera. Los deudos que se acercaban cada vez más al cuarto.

La atmósfera de la habitación se hacía cada vez más pesada. Salió desesperado. En el descanso de la escalera se encontró a sus parientes. Los saludó y no contestaron. En el living room, sobre la silla, el periódico mostrando, entre caras de intelectuales de página social y niñas quinceañeras, la invitación al sepelio.

Dejó la casa. Se dirigió a la fábrica. Estaba solitaria. Al lado derecho del enorme portón, en la pizarra de órdenes, había una nota. Se acercó para leerla: "Suspendido el trabajo por hoy. Duelo".

Volvió a su casa. Ahora el camino se le hacía más largo que de costumbre.

—La duda—pensó.

Encontró la puerta pequeña y oscura y al abrirla un aire helado le dió en la cara. Entró y el camino se oscurecía cada vez más. Sintió frío y miedo y gritó y un eco inmediato respondió.

La dentadura del esqueleto que a su lado yacía, era exacta a la de su difunta esposa.

ROBERTO FERNÁNDEZ DURÁN

Incluyamos complacidos su nombre en la lista de los escritores nuevos de Costa Rica: *Roberto Fernández Durán*. Ideas, imaginación, en prosa ágil, sobria: así lo vemos llegar. Y cuenta, cosa difícil es contar. ¿Le nacerá en él, a Costa Rica, un cuentista nuevo? Así lo creemos. Las dos manos, y que sigan otros cuentos raros suyos en este *Rep. Amer.* que los acoge.

Nuestra posición pro-Puerto Rico libre es invariable

(Envío de la Secretaría Ejecutiva de la Cruzada Libre Pro-Independencia Puertorriqueña).

El momento actual es de acción defensiva en toda América, sin lugar a duda; pero es también de honda meditación para los espíritus conscientes de su honda gravedad. Y en nuestro caso, en el caso del pueblo puertorriqueño, es éste momento de afirmación nacional.

No precisamente por azares de un destino ciego, en el cual sería absurdo creer, sino por actos voluntarios de hombres, de gobernantes, extranjeros, ajenos a nuestra patria, el pueblo puertorriqueño puede en cualquier momento ser blanco de un ataque *manu militari* por parte de los enemigos del imperio norteamericano, que sojuzga nuestra vida interna y externa, política y económica.

El imperio de Estados Unidos de Norte América ha sido atacado por un enemigo poderoso, por lo menos tan poderoso como él mismo. Los ataques a mano armada que derraman sangre y cuestan vidas humanas, son siempre dolorosos y nunca justificados. El imperio norteamericano sabía ésto, antes de ahora. Hoy lo sabe también el pueblo norteamericano. Los ataques armados llevados a cabo en el pasado por las fuerzas militares y navales del imperio norteamericano contra países hermanos nuestros en la América Latina, deben en este momento estar presentes en la mente de los estadistas norteamericanos, obligados ahora a asumir una posición defensiva. Sólo que en el caso presente, el ataque armado no va dirigido contra pequeñas repúblicas del Trópico, sin armamento y sin flotas, sino que por el contrario, afecta esta vez a una nación poderosa, con cuantiosos recursos defensivos y ofensivos a la mano.

Este ataque no sorprende a los hombres de Cruzada Libre. El no debe sorprender a nadie que haya permanecido alerta al desarrollo de los acontecimientos mundiales durante los años recientes. Por lo menos un gobierno, el de la Unión de Repúblicas Soviéticas, que ahora se defiende también de la agresión de los poderes totalitarios, predijo hace años lo que hoy tiene lugar en el mundo.

El ataque actual no es justificable en manera alguna; pero él es consecuencia lógica de la política imperialista seguida por los gobiernos envueltos en el conflicto. Lo lamentable es que países genuinamente pacíficos, como Puerto Rico y otros repúblicas hermanas de Iberoamérica, se vean ahora envueltos en este conflicto y expuestos a ser víctimas de ataques similares, para los cuales no han dado motivo alguno.

Cruzada Libre Pro Independencia Puertorriqueña, grupo organizado para cooperar en el movimiento pro independencia del pueblo puertorriqueño, ha hecho claro antes de ahora que su política es de oposición a todas las invasiones y, especialmente, por supuesto, a la invasión de nuestra patria llevada a cabo hace cuarentitrés años y mantenida a la fecha por el gobierno de Estados Unidos de Norte América.

Demás está decir que los hombres de Cruzada Libre nos opondremos naturalmente a toda nueva invasión del territorio de la nación puertorriqueña por potencia alguna, no importa al hemisferio a que pertenezca.

Los hombres de Cruzada Libre sostenemos que es el deber de los puertorriqueños presentar resistencia, armada si es posible, contra toda invasión de nuestro territorio; como es también el deber de todo puertorriqueño, mantener nuestra posición de repulsa contra la invasión norteamericana de nuestro territorio.

Para estar en posición de oponernos a todo intento de nueva invasión del territorio de nuestra patria y de cooperar efectivamente en el rechazo de tales invasiones, los hombre de Cruzada Libre consideramos que ahora más que nunca, cumple al pueblo puertorriqueño insistir en que sea reconocido por el gobierno de Estados Unidos de Norteamérica nuestro derecho a ejercer nuestra plena soberanía sin trabas ni influencias de clase alguna permitiéndonos así asumir libremente nuestro puesto en la defensa continental, en la forma en que más conveniente lo crea el gobierno de la República Puertorriqueña por medio de sus representantes autorizados.

Entretanto y, mientras el pueblo puertorriqueño sea mantenido por el gobierno de Estados Unidos en la actual posición de intervención armada en su vida, sostenemos el punto de vista de que el pueblo puertorriqueño está impedido de actuar libremente en el presente conflicto y, que sólo en caso de ataque armado contra nuestra patria, es deber de los puertorriqueños actuar en la defensiva.

El estallido del presente conflicto armado entre el imperio japonés y el imperio norteamericano, no ha afectado pues nuestra posición. El ha agravado, sin duda alguna, esa posición, eso es todo. Se da el caso inaudito de que un pueblo inerme, indefenso, sin recursos militares ni navales, se vea obligado a participar en un conflicto en cuya provocación no tuvo parte alguna y de verse así obligado a defender a una potencia, invasora de su territorio desde hace cuarentitrés años, contra otros posibles invasores.

Los puertorriqueños reclamamos nuestro derecho a participar en la defensa del continente americano y, especialmente de nuestro territorio, como una nación libre y soberana, aliada de todas aquellas otras naciones americanas empeñadas en esa defensa.

Y al así proclamarlo, los hombres de Cruzada Libre, con plena conciencia de nuestro deber y de las consecuencias que su ejercicio puede atraer sobre nosotros, hemos de recordar al gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica que no alegamos otro derecho que el que impelió al pueblo de las Trece Colonias núcleo original de la nación yanqui, a tomar las armas contra el poderío imperial británico en el 1775.

Esa es nuestra posición, ahora como antes. Y ninguna fuerza podrá torcer nuestro criterio ni obligarnos a asumir voluntariamente posición alguna que de ella difiera. El pueblo puertorriqueño necesita en este momento de todo su tradicional valor y gallardía en el rechazo de invasiones en fechas pretéritas de su historia, sin excluir la invasión norteamericana, a la que hemos opuesto los puertorriqueños una maravillosa resistencia pasiva durante casi medio siglo y la que también ha costado a nuestro pueblo raudales de sangre y la pérdida de la libertad personal de muchos de sus mejores hombres.

J. ENAMORADO CUESTA

Secretario Ejecutivo, Cruzada Libre Pro Independencia Puertorriqueña.

San Juan de Puerto Rico.
9 de diciembre de 1941.

De la vida y de la muerte

(En el *Rep. Amer.*—Véase la entrega trasanterior) *

De la libertad

II

La libertad es el mito máximo. Nos creemos libres, y nacemos esclavos. ¿Cuándo y dónde ha vivido el hombre absolutamente libre? La patria, el medio, la familia, la religión, la moral, nuestra dependencia económica... limitan nuestro libre actuar. La libertad es relativa. Es más libre el que menos exigencias tiene.

Pero, con todo y este relativismo, el sér humano, desde que apareció en la Tierra, ha venido luchando por conseguir más cada día.

Sin embargo, bueno es recordar que para ser libre es necesario merecerlo. Cuántos pillos hay que interpretan la libertad en una forma tan particular, que les ciega en cuanto a sus deberes y les agudiza tratándose de derechos. Precisamente el hombre ecuánime, moral, culto, se fija más en los primeros que en los segundos, porque sabe que si cada uno se obstinara en exigirse los deberes, sus derechos resultarían intocables. Pero sólo una aristocracia espiritual logra tal preeminencia; y lo doloroso es que esta aristocracia tiende a desaparecer. Casos aislados hay que nos dan esperanza y nos admiran; pero muy raros.

Por esto la democracia está en desgracia, porque esta delicadeza en el obrar, en el decir y en el pensar no está arraigada, y la libertad conquistada por tántos héroes, más que beneficiarnos, nos ha maltratado. Los que de la cosa pública han hecho un negocio, han vociferado en pro de los derechos del hombre; pero intencionadamente se han callado los deberes del hombre, y así hemos venido exigiendo, y nunca otorgando, dando ello lugar a injusticias engendradoras de descontentos y de odios que al estallar han producido la división entre nosotros, y los regímenes de fuerza.

La libertad, como la dicha, las buscamos por caminos que nos apartan de ellas: estando cerca las creemos lejos. No la conseguiremos con peroraciones demagogas, sino con una vida fácil y serena que nos permita cultivar la parte divinal de nuestra naturaleza, enseñándonos de consuno, que tal sencillez nos da, también, la felicidad. Quien exige mucha libertad es que quiere legalizar su egoísmo. Los deberes para con el prójimo nos dicen nuestros derechos, ya que, sin duda alguna, hemos de desear como sumo bien político, aquello que no podemos ni debemos negar a los demás. Así sí se podría establecer una verdadera democracia; pero mientras haya pícaros que para satisfacer sus concupiscencias abusen de la libertad que la ley les da para vejar a sus semejantes, este precioso régimen sólo existirá de nombre.

Si el hombre fuese absolutamente libre, se comportaría como un perfecto sér moral, porque el hecho de ser libre rechazaría todo lazo, y su deseo sería moverse dentro de la más hermosa convivencia. Para este sér sobrarían los códigos, la fuerza y los lugares de reclusión ya que únicamente se movería a impulsos de la nobleza y por una inquietud de orden metafísico que lo llevaría a desear lo que los placeres del cuerpo jamás pueden regalar.

Siempre las luchas por la libertad han sido inspiradas por el afán de bien material, con la convicción de que tal bienestar trae la felicidad. Pocas veces —y qué santas— el hombre ha dado la vida por su dignidad y la de los suyos. En este caso, los resultados han sido durables; en el otro, el caos ha producido al personaje que aprovechando la confusión se ha encumbrado, creando un estado de cosas análogo al de antes de la hecatombe.

Mientras el funcionario robe horas o dinero al pueblo; el médico sólo vea el lucro de su sagrada misión; el sacerdote se entregue a especulaciones materiales; el comerciante quite al pobre productor de la tierra y al pueblo; el marido engañe a su esposa y ésta al marido; los padres no sepan orientar a sus hijos; los maestros no sientan el divino apostolado de la enseñanza... no podemos hablar de democracia, porque ésta ha de sustentarse en sólidas bases de moral.

Que no digan mal de este precioso régimen aquéllos que no son partidarios de él; sino del estado corrupto de la sociedad que lo reclama y no lo merece. No cae por su maldad; sino por la de los hombres. Cuando se haya logrado un modo de ser más perfecto que el presente, la democracia será el régimen político que se impondrá entonces. Es triste vislumbrar algo bueno y no poderlo poseer por no merecerlo, y es más triste ver el remedio inmediato del mal, pues ningún sacrificio vale el egoísmo.

Y el pecado de algunos es penitencia de todos, porque aun los que saben lo que hay que hacer y lo que no nos es dable desear, han de verse cohibidos en las dos apetencias óptimas de la libertad: la de conciencia y la de desplazamiento. Ante los cuadros de tragedia apocalíptica de ahora, aquellos que tienen la dicha de vivir en países en los que la personalidad es considerada como entidad jurídica, deberían



"...con corazón doble hablan"
Salmos 12.2.

velar por la fiel interpretación del código moral que cada uno lleva en la conciencia, pidiendo el castigo de aquellos que tergiversan el sentido humano de la libertad para evitar que luego todos hayamos de ver negados nuestros más santos anhelos.

Hacienda *San Lorenzo*. Noviembre del 41.

LORENZO VIVES

Campesina

(De *El Alma de Cataluña*. Antología. Trad. de J. Conangla Fontanilles. La Habana. 1941).

Son once ya los hijos, y cuatro son las hijas.
Ellos son altos, flacos; ellas rubias, canijas.
No parece hija de Eva, la madre: en cada parto
dos días queda en cama, y se levanta al cuarto.
Atleta el primogénito, más garrido que el padre;
la mayor, una hermana parece de la madre.
Dos solteros gemelos se cuidan de las tierras.
Otro hijo es el pastor, que está siempre en las sierras.

Hay dos muchachas más, que aprenden la costura,
y que guardan los puercos, y crecen de cintura,
y son manejadoras de tiernos barrigones,
y muellen de las cunas los pajizos jergones;
y con brezo o ramaje, antes de la batida
barren las eras cálidas, y llevan la bebida
a los hombres que cargan en montón las gavillas.
Y aún quedan otras más, inquietas y chiquillas.

La cocina es de piso de unas losas muy ralas,
donde cuatro muchachos tienen juego de balas.
Al salir del establo las vacas gigantonas,
corre un niño detrás, con eses juguetonas,
y detiene cada una de esas vivas montañas
al aguijón sumisas de las varas de cañas.

Los más chicos, descalzos, pisan piedra y maleza,
los párpados carnosos, los labios en gordeza;
y comen en los platos, sobre el umbral, la coca
las papas, el potaje... Talmente a ras de boca,
el hambriento perrito les quita una tortada
de pan, y quedan todos asombrados. Airada,
les riñe la hermanita mayor, aunque chiquita.

Y de esta gran cadena de vidas, infinita,
tan solo faltan dos: Se abrieron, desgraciadas,
al sol canicular y fueron asoladas;
la dulzor no cataron de la leche materna;
tuvieron sopa y cabras como nodriza eterna.

Son once los trigueños y cuatro las rubitas,
Qué serán los futuros, ¿varoncitos o hembritas?

JAIME BOFILL Y MATAS
(1878- 1933)

La Prensa

...baste con la sugestión de que hoy no existe en la vida pública más "poder espiritual" que la Prensa. La vida pública, que es la verdaderamente histórica, necesita siempre ser regida, quiérase o no. Ella, por sí, es anónima y ciega, sin dirección autónoma. Ahora bien; a estas horas han desaparecido los antiguos "poderes espirituales": la Iglesia, porque ha abandonado el presente y la vida pública es siempre actualísima; el Estado, porque triunfante la Democracia, no dirige ya a ésta, sino al revés, es gobernado por la opinión pública. En tal situación, la vida pública se ha entregado a la única fuerza espiritual que por oficio se ocupa en la actualidad: la Prensa.

(José Ortega y Gasset, *El libro de las misiones*. Espasa-Calpe. Argentina, Bs. Aires, 1940).

La utilización del laberinto

(De *El Tiempo*. Bogotá, noviembre 17 de 1941.)

La guerra en que Alemania ha sumergido a gran parte del mundo ha creado ya y tiene de crear todavía posiciones ambíguas. En rigor puede afirmarse que está es la guerra de las posiciones ambíguas. Una de las primeras causas de confusión y ambigüedad es la incertidumbre en que se hallan los partidos políticos, meros espectadores, en los países neutrales. De la noche a la mañana los comunistas de medio mundo se vieron en la necesidad de cambiar de actitud frente a la guerra, al saber que las hordas tudescas habían invadido a Rusia. Los partidos burgueses tradicionales, de izquierda y derecha, todavía no han vuelto a hallar su centro de gravedad en algunas comarcas después de la tremenda sacudida causada en la conciencia del mundo por la defección de Alemania en sus relaciones con Rusia. Finlandia tuvo con justicia la simpatía de todas las gentes honradas defendiendo su territorio contra el Soviet. Empeñada hoy en auxiliar a Alemania, mientras ésta se obstina en la conquista de territorio ajeno, difunde el desconcierto entre sus amigos de épocas aciagas. Francia está partida en dos en lo físico y en lo moral. Al norte vive como un país conquistado en manos del vencedor; al sur una apariencia de gobierno sirve de auxiliar al enemigo de ayer y usa de sus fuerzas marítimas intactas y de las colonias aprovechables como señuelo para el enemigo de ayer y como posible amenaza para los antiguos aliados. En América, en la República de Washington, un gobierno sincera y abiertamente decidido por la causa de las democracias, sostenido a la clara luz de la libertad de la prensa por las tres cuartas partes de la opinión ciudadana, vacila ante los ataques de una minoría que aumenta sus manifestaciones de ira a medida que va perdiendo en el concepto de las gentes capaces de compulsar la calidad y el alcance de las amenazas que se ciernen sobre le destino de los pueblos. El gobierno de esa democracia sortea los escollos de tal situación con una viva conciencia de sus responsabilidades. No está en guerra con Alemania porque la ley establece que sea el congreso quien la declare, pero en la empresa de auxiliar a la Gran Bretaña y preparar la defensa propia ha ido hasta donde la constitución lo permite. En un acuerdo con el jefe del gobierno inglés ha declarado su voluntad de aniquilar el espíritu y las manifestaciones externas del fascismo, no sin proclamar cuáles serán las bases del mundo por crear cuando termine la guerra. Esta pública afirmación de principios habría equivalido en otros tiempos a una declaratoria de guerra. El cambio en las costumbres internacionales, permite que Washington continúe en elaciones diplomáticas con Berlín, aunque no estén simbolizadas más que por el débil lazo de un encargado de negocios.

En todos los aspectos del derecho antiguo de las gentes, la dislocación es completa, el laberinto la regla y la simulación uno de los secretos del éxito. Pero la paz, si acaso viene y cuando venga, traerá como primer resultado la nivelación de estos altibajos y la normalización de las relaciones entre unos pueblos y otros. La paz envuelve en su sentido principal una noción de justicia y las naciones serán juzgadas según sus obras. No será posible entonces que a los pueblos atormentados hasta la provocación al suicidio como en el caso de Abbeville, se les dispense el mismo tratamiento que a los cómplices indirectos en tamañas torturas. Las democracias han prometido restablecer en sus derechos, prerrogativas y territorios a todas las naciones conquistadas o eliminadas por el agresor; pero no es concebible que Bulgaria reciba el mismo tratamiento que Grecia, que a Hungría le extiendan el mismo trato y le concedan la misma jurisdicción que a Yugoeslavia. Habrá una tasación de valores morales según la cual no participarán de la paz en igual medida el señor Petain y el general de Gaulle, Quisling y el rey de Noruega; la Falange española y el socialismo de los daneses.

En América hay sólo un país, capaz por su población y su riqueza de contrastar adecuadamente la terrible amenaza del otro lado del Atlántico y en el resto del continente, a donde la guerra no ha traído aún sus devastaciones, la opinión de los pueblos y de los gobiernos no se na manifestado aún de manera inequívoca. Los colombianos lo hemos hecho; el gobierno, dentro de límites impuestos por la corrección diplomática, la prensa en sus más destacados y respetables adalides, con una mayoría imponente, y la opinión en sus otras maneras de hacerse articulada están con los pueblos comprometidos en la defensa del principio democrático y de la moral internacional. Aquí y en otras partes de América los partidos de oposición aprovechan la guerra lejana para prosperar su causa.

A juzgar, sin embargo, por el testimonio de la prensa extranjera, en otras partes del continente predominan las actitudes ambiguas. En algunos países, cuyos nombres no se pueden señalar por lo facticio de sus actos y la vaguedad de sus gestos, los gobiernos, desentendidos de la opinión de sus administrados, parecen entregarse a un juego de apariencias con la mira de evitar responsabilidades y de poder arrojarse con el simulacro de la sinceridad en brazos de los vencedores el día de las inevitables retribuciones. Pero de todo queda testimonio en estos días de prueba, y el vencedor sabrá discriminar entre los entusiastas del momento que no tuvieron fe en las horas decisivas y los que hubieren aceptado el sacrificio, si se les hubiera exigido, cuando vivieron las acres horas de prueba.

B. SANÍN CANO.

INDICE

DEL TOMO XXXVIII

Autores y asuntos

Aguilera, Miguel.—Una discutible semblanza de Bolívar, pág. 9.
Alegría, Ciro.—Carta al Sr. Presidente del Perú, pág. 312.
Alegría, Fernando.—Un canto vivo de Torres Rioseco, pág. 329.
Alegría, Daniel.—Me cuenta doña Lola..., pág. 89.
Alfaro Arriaga, Alejandro.—Carlos H. Ruiz, su libro *Eso* y el dominio de la técnica, pág. 173.
Alone.—Crónica literaria, pág. 281.
Amighetti, Francisco.—Sobre Leo Matiz, pág. 16.
Andesia, pág. 343.
Arciniegas, Germán.—Inteligencai y pobreza, pág. 119.
Arguedas, José María.—Canciones kechwas, pág. 236.
Ardila Gómez, Luis.—El totalitario católico, pág. 127.
Arias, Augusto.—Acerca de los poetas, pág. 323.
Arias Larreta, A.—Recado vertical al mundo, pág. 303.
Arredondo, Alberto.—Luis Alberto Sánchez, pág. 361.
Avila, Julio Enrique.—Alberto Masferrer, pág. 24.
Azorín.—El inmaculado conocimiento, pág. 154.

Baeza Flores, Alberto.—Poesía chilena nueva, pág. 61.
Bartra, Agustí.—Una oda y un poema, pág. 325.
Barrantes Castro, Pedro.—*La Serpiente de Oro*, pág. 148.
Baudrit, Fabio.—El primero de clase, pág. 86.—Qué veía el ciego Ramos?, pág. 159. Adelante!, pág. 305.
Bofil y Matas, Jaime.—Campesina, pág. 381.
Bolaños, Pío.—La detención del General Domingo Vázquez en Corinto en 1901, pág. 302.
Boscán Ortigoza, F.—Canto épico al General Urdaneta, pág. 84.
Brenes Mesén, R.—Braulio Carrillo, pág. 65.—El Político, págs. 193, 213, 229, 242, 300, 307 y 333.—*Alas en fuga*, pág. 249.
Bruck, Antonio.—A propósito de Agustín Bartra, pág. 241.
Buen, Rafael de.—La máquina y el hombre, pág. 331.—La especialización científica, pág. 371.

Cabos sueltos, pág. 71.
Calibán.—El heroísmo británico, pág. 21.—¿Cuándo será...?, pág. 296.
Campoamor, Fernando G.—*La Edad de Oro* de José Martí, texto de los niños cubanos, pág. 152.
Campos, Alejandro Manco.—Un pacifista irá a la guerra, pág. 103.—Respuesta peruana a dos mensajes ecuatorianos, pág. 330.
Cancela, Arturo.—La fuga del loro, pág. 377.
Cañas, Alberto F.—Necrología de Michel Blondin, pág. 131.
Cardona Peña, Alfredo.—Voces nuevas, pág. 44.—Presencia de tu nombre, (A Rubén Darío), pág. 60.
Carlyle, T.—Honro a dos hombres..., pág. 375.
Carner, José.—Poesías, pág. 334.
Carrasco Hermoza, Alberto.—La Biblioteca Americana, pág. 342.
Carreño, Eduardo.—Silva contra Darío, pág. 186.
Carrión, Alejandro.—Tres meditaciones contemplando la bestia, pág. 365.
Carta a los escritores de la América Latina, pág. 39.
Casamalhuapa, Amparo.—Dos poemas, pág. 292.
Caso, Quino.—Dos canciones de cuna en presente pesimista y en futuro optimista, pág. 47.
Castaing, Rodolfo.—Allons, enfants..., pág. 256.—Al General de Gaulle, pág. 334.
Castañeda Aragón, G.—Pablo Neruda habla para Colombia, pág. 200.
Castillo, Moisés.—¡Ay, zamba caderona!, pág. 254.
Castro Argüello, Alicia.—Son apuntes... págs. 100 y 255.
Centeno Güell, Fdo.—Oda a Rabindranath Tagore, pág. 254.
Cirilo el curtidor (Viejo cuento ruso), pág. 179.
Con la League of American Writers, pág. 39.
Conangla Fontanilles, J.—El alma de Cataluña, pág. 328.
Córdoba, Diego.—La espada de Ayacucho, pág. 20.
Cruz Meza, Luis.—Ratos míos con algunos poetas de América, pág. 171.

Chuaqui, Benedicto.—Tamer, el ingenuo, pág. 90.
Chen Apuy, Hilda.—El sueño de Han-Hin, pág. 158.—Ejercicios, págs. 119, 188 y 304.—La voz del antepasado, pág. 375.

D'Achiardi Carreño, Arturo.—Ciudad generosa, pág. 53.
Darío, Rubén, Salidas, pág., 37.—El decadentismo en Córdoba, pág. 72.—Letanía de nuestro señor Don Quijote, pág. 171.—De Nueva York a Buenos Aires, por el Pacífico, pág. 239.
Dchuang Dsi.—Fidelidad, pág. 98.
Declaración de la Junta de Cultura Española, pág. 145.
Delmar, Serafín.—Los constructores de Indoamérica, pág. 314.
Díaz Casanueva, Humberto.—El Dios desconocido y Tabla de vacilaciones, pág. 311.
Díaz Pedro A.—Carta abierta, pág. 204.
Dobles, Fabián.—Dos pasajes de la novela inédita *Ese que llaman pueblo*, pág. 165. Abdenago Faroles, pág. 336.
Dos mensajes ecuatorianos, pág. 246.

Edwards Bello, Joaquín.—La adivina, pág. 262.—Polvareda, pág. 94.
Eglantina del Valle.—Lirios pensativos, pág. 311.
El escrutinio contra la cultura, pág. 29.
El Libro de las Américas, pág. 134.
El primer centenario de la muerte de Morazán, pág. 49.
El sentido de la hispanidad, pág. 93.
Enamorado Cuesta, J.—Manhattan, pág. 26.—El fracaso de un régimen, pág. 87. —Murray Butler proclama nuestro derecho a la independencia, pág. 301.—La marejada de los muertos, pág. 346.—Nuestra posición pro Puerto Rico Libre es invariable, pág. 380.
Entralgo, Elías.—Domingo del Monte, pág. 81.
Escritos inéditos de Rubén Darío, por E. K. Mapes, pág. 160.
Espinoza, Enrique.—Carta explicativa, pág. 258.

Fernández Durán, Roberto.—La tarde y el esqueleto, pág. 379.
Fernández Guardia, R.—Minucias de la Historia, pág. 66.
Fiallo, Fabio.—Un negro estupendo, pág. 363.
Francis, Myriam.—Pequeños poemas, pág. 52.
Fogelquist, Helen.—Primavera, pág. 369.

Gabaldón Márquez, J.—América madre, pág. 35.
Gabriel, José.—Profesor fascista, pág. 23.
Gacetillas, pág. 108.
Gallegos Lara, Joaquín.—El Libertador, pág. 349.
Gallo, Antonio.—Hitler y Rosas, pág. 297.
García Carrillo, E.—La locura campesina, pág. 227.
García Gómez, Emilio.—Poemas arábigo-andaluces, pág. 137.
García Monge, J.—En serio, pág. 35.—No hay tal, pág. 133.—Carta, pág. 341.
García Prada, Carlos.—Ahora es un poeta de la soledad, pág. 56.
Garduño, E. P.—Tres notas, pág. 73.
Gerchunoff, Alberto.—La roca británica, pág. 13.—Franco nos aconseja, pág. 376.
Gogán, Federico.—Fisga criolla, pág. 77.—Pobrecita la Dominga!, pág. 132.
Gómez, Ysola.—Ido con el viento, pág. 71.—De aquel instante mío, pág. 207.— La voz libre..., pág. 230.—El proceso de los jazmines..., pág. 379.
González, Fernando.—¿Cómo se forma el héroe nacional?, pág. 318.
González y Contreras, Gilberto.—Gavidia o la renovación silenciosa, pág. 177.
González, Vera.—Estampa nocturna, pág. 266.
Grecia en Bogotá, pág. 125.
Gringoire.—Contraste, pág. 94.
Gris.—El centenario de Guillermo Enrique Hudson, pág. 241.
Guiomar.—Datos curiosos, pág. 149.—En 1918 le nació a Costa Rica un novelista de entraña, pág. 168.—Rinconcito ibero-americano, pág. 190.—Cantaré con el viento, como las arpas eolias, pág. 194.—Silueta de María Luisa Bombal, pág. 271.—Silueta del Dr. A. Díaz Casanueva, pág. 317.
Guiones, págs. 30, 36, 51, 60 y 63.

Hall, Florence.—María Luisa Vera, pág. 107.
Haya de la Torre.—Interamericanismo democrático sin Imperio, pág. 233.
Hearn, Lafcadio.—Yuki-Onna, pág. 290.
Hernández, Mario.—Dos poesías, pág. 291.—Cuatro mujeres, pág. 363.
Hernández Catá, Alfonso.—Una carta inédita, pág. 42.
Herrera Frimont, Celestino.—Toda una vida, pág. 327.
Hughes, Thomas.—Lo primero, pág. 198.

Indice del Vol. XXXVIII del *Rep. Amer.*, págs. 383 y 384.
Innes González, Eduardo.—Momentos de vida y de literatura, pág. 106.
Iramitt, Carlos.—Mankean, pág. 282.

J. g. m.—Comentario, pág. 145. –Dos proyectos de interés américo-hispano, pág. 150.—Item más, pág. 173.
Jaimes Feyre, Ricardo.—Rubén Darío, pág. 2.
Jarnés, Benjamín.—La espuela y el imán, pág. 296.
Jiménez, Juan Ramón.—Estación perdida, pág. 25.—Rubén Darío (1940), pág. 52.—Prólogo del libro *Españoles de tres mundos*, pág. 73.—Una nueva cuentista americana, pág. 369.
Jiménez, Ricardo.—De don Mauro me acuerdo, pág. 368.
Jiménez Rojas, Elías.—Georges Vidal, pág. 92.—Carta, pág. 298.—Notas de un escolar viejo, pág. 335.
Jiménez Rueda, Julio.—Caso, Rector Honorario de la Universidad, pág. 337.

Jinesta, Carlos.—Rubén Darío en Costa Rica, pág. 150.—Voces remotas, Sidar y Rovirosa, pág. 316.
Joesten, Joaquín.—Pasaportes para ninguna parte, pág. 210.
Juan José.—Con Ciro Alegría, pág. 155.
Jugo Delgado, Román.—En las tinieblas, pág. 139.

Labarthe, Pedro Juan.—*Alturas de América*, pág. 217.—Carta, pág. 340.
Lars, Claudia.—3 romances, pág. 220.
Larrea, Juan.—Rubén contra Bolívar?, pág. 17.
Lasaga y Travieso, José I.—El estilo lógico en los grandes filósofos, pág. 109
Lenc.—La fiesta de Grecia, pág. 125.
León Felipe.—A los antólogos, pág. 335.
Lindo, Hugo.—Recado a la madre ausente, pág. 43.
Lipschutz, Alejandro.—Ciencia y democracia, pág. 174.
Lisazo, Félix.—Alfonso Hernández Catá, pág. 41.—Cátedra José Martí, p. 231.
López Trujillo, Clemente.—Bárbaros, las ideas no se matan, pág. 29.
Los escritores deben ser antinazis, pág. 377.
Lorz, Víctor.—Ante los tabús, pág. 74.—Ante los tabús, pág. 121.—De la sangre y sus andanzas, pág. 181.
Los casos ejemplares, pág. 80.
Luarca, Francisco.—Recordamos a Masferrer, pág. 24.—Historias baladíes, pág. 192.—El chotacabras, pág. 303.—Uno más al Hospital, pág. 372.
Luján, Fernando.—Primavera, pág. 54.—Rafael Alberti, pág. 103.

Llongueras, Juan.—Poesías, pág. 334.

McBride, Jorge M.—El patrón y el sirviente, pág. 258.
McTall, Luis Rogelio.—Yo también acuso, pág. 166.
Manifiesto de la Junta de recuperación de las Malvinas, pág. 12.
Marín, Juan.—*Tao* o el Gran Camino, pág. 97.—Chuang-Tze, el dialéctico chino, pág. 249.
Marinello, Juan.—Los escritores y la guerra, pág. 3.—Sobre la filiación filosófica de Martí, pág. 225.
Martelli Sixto, C.—El último hijo de Dios, pág. 4.—Oración para Alfonsina Storni, pág. 32.
Martínez Delgado, Santiago.—A propósito e "Una discutible semblanza de Bolívar", pág., 10.
Mata, Humberto.—Romance: Retorno de la viajera, pág. 6.—Leningrado vencerá!, pág. 291.
Max Jiménez y la 2da. Exposición de sus cuadros en Nueva York, pág. 104.
Medina Planas, Héctor.—Criollismo versus democracia, pág. 85.—No vengo con el turíbulo, pág. 139.—El honor y el deber, pág. 212.—La gran comunidad de las naciones americanas, pág. 235.—Exhortación a Charrúas y Atapescos, pág. 308.
Mejía Colindres, V.—Lámpara de oro alumbrando entre las sombras, pág. 23.
Mejía Nieto, A.—Conversando con Manuel Ugarte, pág. 5.—Antología de poetas de la América Central, pág. 196.
Mejía Robledo, Alfonso.—Página lírica, pág. 107.
Mendieta, Salvador.—Churchill, pág. 13.—Demócratas y totalitarios en el interior de Centro América, pág. 215.—Etica para los costarricenses, pág. 318.
Mendoza Bruce, Pedro Julio.—Obsesión, pág. 223.—Oración al Nervo Amado, pág. 319.
Menéndez, J. A.—Así andan las cosas en El Salvador, pág. 156.
Miranda Archilla, Graciany.—Violines y cañones, pág. 294.—La presa del huérfano, pág. 347.
Mistral Gabriela.—Carta abierta, pág. 8.—Un ruego, pág. 59.—La madre: obra maestra, pág. 261.
Montenegro, Ernesto.—Las arenas milagrosas de Pica, pág. 267.
Morales, Luis.—Días infantiles, pág. 199.

Nano Lotero, Rómulo.—Mensaje a Venezuela, pág. 352.
Naranjo Martínez, Enrique.—Retozos filológicos, pág. 366.
Navarro Luna, Manuel.—Pasionaria, pág. 98.
Navarro Montes de Oca, José.—Tendencias en la nueva novelística cubana, pág. 40.
Nazismo e *Hispanidad*, pág. 93.
Neruda, Pablo.—Un canto a Bolívar, pág. 209.—Canto General de Chile, pág. 272.—7 de Noviembre, pág. 353.
Noguera, María de.—Respuestas, pág. 253.
Noticia de libros, págs. 11, 22, 48, 64, 76, 96, 128, 147, 172, 208, 250, 283, 320, 341 y 373.
Novás Calvo, Lino.—Don Fernando: su azúcar y su tabaco, pág. 25.
Nunn, Marshall E.—Pedro Juan Labarthe, pág. 344.

Ocampo, Victoria.—Virginia Woolf en mi recuerdo, pág. 153.
Ordóñez Argüello, Alberto.—Rehabilitación de la función social humana del artista, pág. 221.
Ossorio y Gallardo, Angel.—Los abogados del Uruguay, pág. 27.—El Consejo de Hispanidad, pg. 326.

Padrón, Julián.—Aventuras de Tío Tigre y Tío Conejo, pág. 115.
Palacios, Alfredo.—Odiamos a la Dictadura, pero amamos a Italia, pág. 203.
Palacino, Campo Elías.—Funeral por la ausente, pág. 325.
Paz y Paz, L. Alberto.—Amoroso apego a sacrificarse por la patria, pág. 211.—No toda es nuestra, pág. 370.
Pardo García, Germán.—Poemas, pág. 88.
Pedrogo, Irma.—Un homenaje a Labarthe, pág. 340.
Peña, Miguel Antonio.—Dormimos aún...?, pág. 116.—La contribución de Colombia a la Democracia liberal, pág. 116.
Pérez, Emma.—La última película de Chaplin, pág. 135.—Nuevas canciones para mi hija, págs. 136.

Picado T., Cl.—Oigan los EE. UU., pág. 335.
Picón Salas, Mariano.—Mayo, 1940, pág. 243.—Cautín, sur de Chile, pág. 280.
Pijoán, José.—Carta abierta, pág. 8.—Carta abierta, pág. 137.
Pilar, María del.—Poesías, pág. 143.
Pinilla, Norberto.—Dos libros chilenos, pág. 202.—Arturo Torres Ríoseco, pág. 329.—La formación literaria de Darío, pág. 338.
Poesía infantil (Antología), pág. 185.
Portal, Magda.—Noticia de Chela Reyes, pág. 120.—Noticia sobre Ciro Alegría, pág. 121.—Aldous Huxley y su tiempo, pág. 205.
Prado, Eduardo.—Sin identidad, pág. 319.
Prado, Pedro.—La Ciudad de los Césares, pág. 277.
Prado Sacasa, Alicia.—Poesías, pág. 345.
Prieto, Emilia.—*Raíces de Esperanza*, pág. 79.—Picasso en un campo de concentración, pág. 169.—Las crónicas de Ortiz Echagüe, pág. 112.—Hitler, pág. 224.
Puente, E.—Oración al maestro, pág. 7.

Quintana, José Carlos.—Así andan las cosas... en El Salvador, pág. 156.

Ramírez Castillo.—El paisaje del Sur del Perú, pág. 141.
Reyes, Alfonso.—Elegía, pág. 27.—En el nombre de Hesiodo, pág. 126.—Tierra y Espíritu de América, pág. 129.—El llanto de América, pág. 184.
Reyes, Chela.—Poesías, pág. 120.
Robles R., Ramiro.—Carta abierta, pág. 59.
Rodríguez, José Angel.—Carta, pág. 124.
Rodríguez Mendoza, Emilio.—Darío o el hermano verso..., pág. 313.
Rojas, Manuel.—Variaciones sobre el indio, pág. 288.—El colocolo, pág. 273.
Rojas, Ricardo.—Quillota, pág. 263.
Rojas Paz, Pablo.—Los niños del mundo, pág. 21.
Rostand, Aura.—Ciudadanía continental, pág. 197.
Rubén Darío en el *Rep. Amer.* (Itinerario), pág. 199.
Rueda Vargas, Tomás.—El Silva que yo conocí, pág. 232.
Ruiz, Carlos H.—Poemas, pág. 174.

Sáenz, Carlos Luis.—Varios poemas de *Raíces de Esperanza*, págs. 70, 76 y 80.
Sáenz, Vicente.—El pueblo español se salva ante la historia, pág. 43.—El Día de la Raza, pág. 310.
Sánchez Trincado, J. L.—Figuras literarias: El Pirata, 252.
Sanín Cano, B.—¿Cuál ha de ser la actitud de Colombia ante los EE. UU.?, pág. 30.—Hacia un Imperio Hispanoamericano del Espíritu, pág. 61.—Las dos alternativas, pág. 111.—Toque de atención, pág. 190.—Una muerte que es un símbolo, pág. 347.—La utilización del laberinto, pág. 382.
Santa Cruz, Mario.—Historia de un retrato de Rubén Darío, pág. 102.—La absurda invención de José de Soiza Reilly, pág. 350.
Santiago, Julio de.—Con los Misteres norteños, pág. 214.
Segura, Ricardo.—La circunstancia humana, pág. 195.—Poemas, pág. 82.
Selva, Salomón de la.—Rubén Darío, pág. 113.—El *Nocturno* de Silva, pág. 184.
Senisse, Julio R.—El segundo Atila, pág. 32.
Simiente, págs. 149, 163, 175, 207, 287 y 351.
Soiza Reilly, Juan José de.—Un niño que no sabía qué cosa era la patria, pág. 228.
Sotela, Amalia de.—El arte en la educación, pág. 189.—Los libros y el poder de evocación, pág. 252.
Sotela, Rogelio.—El Angel de la Muerte, pág. 316.
Strix.—Ecos y comentarios, pág. 293.

T. R.—El camino de la democracia, pág. 201.
Tagore, Rabindranath.—Carta a un poeta japonés, pág. 101.
Teja Zabre, Alfonso.—El adiós a Rubén Darío, pág. 364.
Testimonios, págs. 95, 211, 285, 298, 306 y 340.
Tolstoi, León.—Pakhom el mujik, pág. 354.
Torre, Guillermo de.—Poesías del éxodo y del llanto, pág. 321.
Torre, Manuel.—El ajedrez de los Césares, pág. 358.
Tovar, Rómulo.—Como un cuento de verdad, pág. 219.—Carta, pág. 298.
Trejo Castillo, Alfredo.—La casa del Gral. Morazán, pág. 201.

Ugalde, Julio Fabio.—Levantando censo escolar, pág. 299.—El cuascuote, pág. 164.
Ugarte, Manuel.—Carta, pág. 5.—La timidez de Rubén Darío, pág. 216.
Una edición fraudulenta, pág. 31.
Uribe, Eduardo.—Explicación parcial del cuento, pág. 348.

Vaz Ferreira, Carlos.—La tragedia de la Democracia, pág. 33.
Vicente, Ramón M.—Carta, pág. 346.
Vidal, Georges.—Mi mujer y mi monte, págs. 45, 54 y 67.
Villalobos Rojas, J. Frco.—¡Mi Señor Don Quijote!, pág. 339.
Villaronga, Luis.—El alma y el tiempo, pág. 191.—La sublime honradez de Hostos, pág. 289.
Villoldo, Julio.—La entrega de la Medalla Enrique José Varona, pág. 161.
Vives, Lorenzo.—El Superhombre de *Cova*, pág. 50.—El *Beethoven* de Carlos Brandt, pág. 176.—De la Vida y de la Muerte, págs. 339 y 381.

Whitman, Walt.—Pasto de llamas, pág. 265.
Woolf, Virginia.—Salidas, págs. 248 y 359.

Yamuni, Vera.—Historias breves, pág. 165.

Zarate, Fidel A.—Por un chorro de agua, pág. 14.
Zeledón, José Mía.—Versos nuevos, pág. 374.
Zulueta, Luis de.—Lo que representa Inglaterra, pág. 28.—Aún queda Francia..., pág. 96.—El día de Grecia, pág. 125.—La tragedia de la granja de Basingstoke, pág. 306.

IMPRENTA BORRASE HNOS.